

Cuentos de segundo año. Cursada 2014

LISTADO DE CUENTOS

EL ANILLO ENCANTADO	MARÍA TERESA ANDRUETTO
EL ÁRBOL DE LILAS	ADELA BASH.
UNAS RIMAS QUE SE ARRIMAN	MARCELO BIRMAJER
BITÁCORA DE VIAJE	LILIANA BODOC
VERDE	ELSA BORNEMANN
EL BESUQUEADOR	GRACIELA CABAL
MIEDO	MARINA COLASANTI
DEL TAMAÑO DE UN HERMANO	PABLO DE SANTIS
LA INSPIRACIÓN	ARNOLD LOBEL
EL VIAJE	
SAPO VERDE	
MÁS CHIQUITO QUE UNA ARVEJA MÁS GRANDE QUE UNA BALLENA	GRACIELA MONTES
	LOS PELAYO
EL ROMANCE	LUIS MARÍA PES CETTI
UN CUENTO DE AMOR Y AMISTAD	
POBRECITO EL COCODRILO	
LAS HUELLAS DEL TATÚ	
EL VUELO DEL SAPO	GUSTAVO ROLDÁN
SOBRE NOMBRES	SILVIA SCHUJER
LA H PIDE LA PALABRA	FABIÁN SEVILLA
FIESTITA CON ANIMACIÓN	ANA MARÍA SHUA
POBRECHICO	ESTEBAN VALENTINO
LA VUELTA AL MUNDO	JAVIER VILLAFañE
Y AQUÍ SE CUENTA LA MARAVILLOSA HISTORIA DEL GATOPATO Y LA PRINCESA MONILDA	
MARTÍN PESCADOR Y EL DELFÍN DOMADOR	
HISTORIA DE UNA PRINCESA, SU PAPÁ Y EL PRÍNCIPE KINOTO FUKASUKA	MARÍA ELENA WALSH
EL AUTOMÓVIL	
ESCÚCHEME, SEÑOR GUTMAN	DAVID WAPNER
DONDE LOS DERECHOS DEL NIÑO PIRULO CHOCAN CON LOS DE LA RANA AURELIA	
EL REY QUE NO QUERÍA BAÑARSE	
FLORI, ATAÚLFO Y EL DRAGÓN	EMA WOLF

El anillo encantado

Ifigenia tenía el cabello rubio como el trigo y unos ojos más azules que el lago de Constanza. Caminaba descalza a la orilla del agua. Era pálida y leve. Parecía hecha de aire. El emperador Carlomagno la vio y se enamoró de ella. Él era ya un hombre viejo y ella, apenas una muchacha. Pero el Emperador se enamoró perdidamente y olvidó pronto sus deberes de soberano. Los nobles de la corte estaban muy preocupados porque nada interesaba ya a Carlomagno. Ni dinero. Ni caza. Ni guerra. Ni batallas. Sólo la muchacha. A pesar del amor, Ifigenia murió una tarde de abril llena de pájaros. Los nobles de la corte respiraron aliviados. Por fin el Emperador se ocuparía de su hacienda, de su guerra y de sus batallas. Pero nada de eso ocurrió, porque el amor de Carlomagno no había muerto. Hizo llevar a su habitación el cadáver embalsamado de la muchacha. No quería separarse de él. Asustado por esta macabra pasión, el Arzobispo del imperio sospechó un encantamiento y fue a revisar el cadáver. Muerta, Ifigenia era tan hermosa como cuando caminaba descalza junto al lago de Constanza. La revisó de pies a cabeza. Bajo la lengua dura y helada, encontró un anillo con una piedra azul. El azul de aquella piedra le trajo recuerdos del lago y del mar distante. El Arzobispo sacó el anillo que estaba escondido bajo la lengua.

Ni bien lo tomó en sus manos, Carlomagno enterró el cadáver.
Y se enamoró
del Arzobispo.
El Arzobispo,
turbado y sin saber qué hacer, entregó el anillo a su asistente.
Ni bien el asistente lo tomó en sus manos, Carlomagno abandonó al Arzobispo.
Y se enamoró del asistente.
El asistente, aturdido por esta situación embarazosa, entregó el anillo
al primer hombre que pasaba.
Ni bien el hombre lo tomó en sus manos, Carlomagno abandonó al asistente.
Y se enamoró del hombre.
El hombre, asustado por este amor extraño, empezó a correr con el
anillo en la mano, y el Emperador tras él.
Hasta que se cruzó una gitana y el hombre le entregó el anillo.
Ni bien la gitana lo tomó en sus manos,
Carlomagno dejó de perseguir al hombre.
Y se enamoró de la gitana.
Pero a la gitana se le cayó el anillo al agua.
Ni bien el agua recibió el anillo en su lecho, Carlomagno abandonó a
la gitana.
Y se enamoró del lago de Constanza junto al que Ifigenia caminaba
descalza.

María Teresa Andruetto

Una poeta y narradora cordobesa. Su obra abarcatambién el teatro, pero la mayor parte de su literatura está dirigida a jóvenes y niños. Entre los libros de esta autora pueden citarse las novelas Stefano y Tama

.
Este texto fue tomado de El anillo encantado, Colección Pan Flauta, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993.

El árbol de lilas

María Teresa Andruetto
Ilustraciones de Liliana Menéndez

Para Alberto

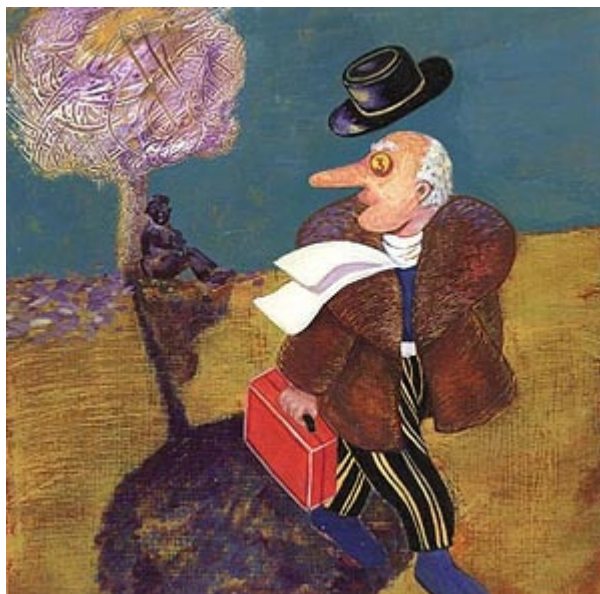
UNO

Él se sentó a esperar bajo la sombra de un árbol florecido de lilas.



Pasó un señor rico y le preguntó: ¿Qué hace sentado bajo este árbol, en vez de trabajar y hacer dinero?

Y el hombre le contestó:
Espero.



Pasó una mujer hermosa y le preguntó: ¿Qué hace sentado bajo este árbol, en vez de conquistarme?

Y el hombre le contestó:
Espero.



Pasó un niño y le preguntó: ¿Qué hace Usted, señor, sentado bajo este árbol, en vez de jugar?

Y el hombre le contestó:
Espero.

Pasó la madre y le preguntó: ¿Qué hace este hijo mío, sentado bajo un árbol, en vez de ser feliz?

Y el hombre le contestó:
Espero.

DOS

Ella salió de su casa.

Cruzó la calle, atravesó la plaza y pasó junto al árbol florecido de lilas.

Miró rápidamente al hombre.



Al árbol.

Pero no se detuvo.

Había salido a buscar, y tenía prisa.

El la vio pasar,
alejarse,
volverse pequeña,
desaparecer.
Y se quedó mirando el suelo nevado de lilas.

Ella fue por el mundo a buscar.
Por el mundo entero.



En el Este había un hombre con las manos de seda.
Ella preguntó:

¿Sos el que busco?
Lo siento, pero no,

dijo el hombre con las manos de seda.
Y se marchó.

En el Norte había un hombre con los ojos de agua.
Ella preguntó:

¿Sos el que busco?
No lo creo, me voy,

dijo el hombre con los ojos de agua.
Y se marchó.

En el Oeste había un hombre con los pies de alas.
Ella preguntó:

¿Sos el que busco?
Te esperaba hace tiempo, ahora no,

dijo el hombre con los pies de alas.
Y se marchó.

En el Sur había un hombre con la voz quebrada.
Ella preguntó:

¿Sos el que busco?
No, no soy yo,

dijo el hombre con la voz quebrada.
Y se marchó.

TRES

Ella siguió por el mundo buscando, por el mundo entero.
Una tarde, subiendo una cuesta, encontró a una gitana.
La gitana la miró y le dijo:

El que buscas espera, bajo un árbol, en una plaza.

Ella recordó al hombre con los ojos de agua, al que tenía las manos de seda, al de los pies de alas
y al que tenía la voz quebrada.

Y después se acordó de una plaza, de un árbol que tenía flores lilas, y del hombre que estaba
sentado a su sombra.



Entonces se volvió sobre sus pasos, bajó la cuesta, y atravesó el mundo. El mundo entero.
Llegó a su pueblo, cruzó la plaza, caminó hasta el árbol y le preguntó al hombre que estaba
sentado a su sombra:

¿Qué hacés aquí, sentado bajo este árbol?



Y el hombre dijo con la voz quebrada:

Te espero.

Después él levantó la cabeza y ella vio que tenía los ojos de agua,
la acarició y ella supo que tenía las manos de seda,
la llevó a volar y ella supo que tenía también los pies de alas.

Liliana Beatriz Menéndez es artista plástica e ilustradora de libros para niños. [Autores:](#)
[María Teresa Andruetto](#)

UNAS RIMAS QUE SE ARRIMAN AUTORA: ADELA BASCH.

Todos andaban mal por la zona del Yacuarebí. Y dicen que lo que pasó fue más o menos así.

Un día el zorro se levantó de mal humor. Tal vez porque sí nomás, tal vez porque hacía calor. Iba pateando la tierra y por dentro se sentía en pie de guerra.

Estaba en eso cuando vio pasar a un perro mascando un hueso. Sin darle tiempo de saludar le gritó:

-¡Eh, perro! ¡Sos el más tonto del mundo!

Sin esperar ni un segundo se le tiró encima para descargar sobre él su mal humor y le dio una patada que por poco lo desmaya del dolor.

Cuando el perro se repuso, se sintió dominado por el enojo y con ganas de pelear con el primero que se le pusiera ante los ojos.

Justo en ese momento vio pasar a una liebre y la miró tan mal, que a la pobre casi le da fiebre.

-¡Eh, liebre! -le gritó-. ¡Sos la más idiota!-. Y le dio un golpe que estuvo cerca de dejarle la cabeza rota.

Cuando la liebre se recuperó, se sintió llena de furor. En ese momento vio pasar a un ratón.

-¡Eh, ratón! -exclamó-. ¡Sos tan tonto que más que tonto sos un tontón!

Y sin darle tiempo de contestar se le tiró encima y le dio un mordisco que estuvo a punto de dejarlo bizco.

Cuando el ratón se dio cuenta de lo sucedido, sintió una tremenda furia y un impulso ciego de descargarse con el primero al que le viera el pelo. El primero que pasó fue un cuis. Y sin pensarlo dos veces, le gritó:

-¡Eh cuis, sos el más estúpido de todo el país!

Después, el ratón le estampó un golpazo con la cola que lo dejó sin sentido por más de una hora.

En cuanto el cuis se pudo levantar se sintió de un humor terrible y con ganas de descargarse con cualquiera lo más pronto posible. Sucedió que pasó por allí una rana. Apenas la vio, el cuis le dijo:

-¡Eh, rana saltarina, sos lo más imbécil que vi en mi vida!

En un segundo se abalanzó sobre ella y le dio una paliza que le hizo ver las estrellas.

No bien la rana pudo volver a ponerse de pie estaba tan furibunda que al primero que viera lo iba a dejar más chato que una funda.

Entonces pasó por allí el zorro, que ya no tenía tanto mal humor aunque seguía haciendo bastante calor.

En cuanto la rana vio al zorro, sintió que sus fuerzas se multiplicaban por millones y le dio unos tremendos coscorriones.

Al zorro le volvió enseguida el mal humor, y un rato después volvió a patear al perro que se retorció de dolor. Más tarde el perro atacó a la liebre; la liebre, al ratón; el ratón, al cuis y el cuis a la rana.

Así se pasaron toda la mañana. Después, también la tarde. Mientras tanto el ánimo se les encendía cada vez más, como una fogata que arde y arde y arde. Por la noche durmieron inquietos y nerviosos. Para cada uno los demás eran su enemigo, y les resultaba imposible descansar tranquilos.

Así estuvieron un tiempo. En sus cabezas había lugar para una sola idea: cómo estar siempre preparados para la pelea. No podían pensar en otra cosa, y ni hablar de disfrutar de alguna experiencia hermosa. Todos se insultaban, se pateaban, se golpeaban y se mordían donde se encontraran y a cualquier hora del día.

Fue entonces que una mañana sopló una brisa refrescante y llegó al lugar un mono que nadie había visto antes. Apareció frente al zorro justo cuando este andaba con ganas de descargar sobre alguien un fuerte mamporro.

Pero cuando el mono lo vio, no le dio tiempo de que lo atacara. Lo saludó con una sonrisa que le recorría toda la cara. El zorro se sintió paralizado por un gran desconcierto. Una sonrisa era algo que no veía hacía tiempo. Y en menos de lo que se tarda en decir "abracadabra" el mono empezó a soltar estas palabras:

Justo en el medio del campo
suspiraban dos tomates,
y en el suspiro decían:
¡hoy queremos tomar mate!

El zorro pasó del desconcierto al asombro y del asombro a la carcajada. Se reía tanto que tenía la expresión desencajada. Se imaginaba a los tomates con una bombilla y se reía como si alguien le hiciera cosquillas. Entonces el mono siguió:

Por el río Paraná
va nadando un surubí,
y mientras nada, comenta:
¡qué picante está el ají!

Las carcajadas del zorro eran tan grandes, que resonaban por todas partes. En pocos minutos llegaron el perro, la liebre, el ratón, el cuis y la rana, atraídos por el sonido de la risa, que hacía tanto tiempo no escuchaban. El mono siguió:

De las aves que bailan
me gusta el sapo,
porque deja la alfombra
toda hecha un trapo.

Entonces todos se largaron a reír, y rieron juntos durante todo un día hasta soltar toda la risa que hacía tiempo no reían.

Estaban de tan buen humor, que a nadie le importaba si hacía frío o hacía calor. Después inventaron entre todos muchas rimas del estilo de las que había dicho el mono. Y se les ocurrían tantas y tantas ideas, que no les quedó lugar para volver a imaginar una pelea.

Una noche sopló una brisa que venía de las estrellas, y el mono desapareció sin dejar huellas.

Del libro **Cuentos con rima para los que se animan**. Ediciones Abran Cancha.

BITÁCORA DE VIAJE

I. Un cuaderno

El capitán Tiburcio no podía hacerse a la mar sin lo que él llamaba una "Bitácora de viaje". Se trataba de un cuaderno tapa dura en el que anotaba todo lo que ocurría: "Atacamos un barco carguero", "Esquivamos un pulpo gigante", "Nos bañamos en alta mar".

Aquella vez, no bien zarparon, ordenó al grumete que bajara a la bodega en busca de un cuaderno nuevo.

El grumete regresó al instante.

-No queda ni un cuaderno, mi capitán.

-¿Cómo es posible?

-Tuvimos que entregar al menos cien cuadernos a los nativos de las islas Brevario, para que no nos comieran los pies.

II. Un alto en el camino

Como al capitán Tiburcio le resultaba inconcebible navegar sin anotar sus peripecias, ordenó al timonel poner rumbo a la Isla de las Galochas, donde vendían todo tipo de repuestos marítimos.

En la Isla de las Galochas -descubrió el capitán- vendían todo menos cuadernos. Recorrió los almacenes y destruyó mostradores a sablazos, furioso. Resignado a regresar al barco, divisó a una muy bella señorita. Les ordenó a sus marinos subirla a bordo.

Estaban por realizar esta terrible tarea, cuando la voz de un anciano los detuvo.

-Deja a mi nieta en paz -dijo el anciano- y te daré lo que quieres.

-¿Qué puedes darme tú, viejo? -preguntó el capitán.

El anciano, con una mirada enigmática, le extendió un cuaderno.

III. El futuro

El capitán zarpó con su cuaderno y sin la joven. Mordió su pipa, mojó su pluma en tinta y lo abrió.

Gruñó con furia: la primera página estaba escrita. Pasó a la segunda, ¡estaba escrita también!

-¡Maldita sea! -exclamó el capitán. El anciano le había dado un cuaderno usado.

-¡Timonel! -gritó-. De regreso a la Isla de las Galochas, le daré a ese anciano una lección.

Mientras el timonel maniobraba, el capitán Tiburcio leyó la primera página: "Un pelícano entra a mi cabina".

Al segundo, por la ventana, un pelícano entró a la cabina del capitán. Sorprendido, el capitán leyó la segunda página: "Una ola gigantesca hace tambalear nuestro barco". Al instante, escuchó el ruido de una ola terrible y el barco se tambaleó. Cuando se repuso, leyó la tercera hoja: "Mis hombres ven pasar a una ballena blanca", y no había terminado de leer cuando escuchó los insultos que sus marinos solían dedicarles a los gigantes cetáceos blancos. Espantado, el capitán cerró el cuaderno y lo arrojó al mar. Ordenó al timonel que por nada del mundo regresara a la Isla de las Galochas y se resignó a realizar aquel viaje sin llevar un cuaderno de bitácora.

Marcelo Birmajer

Verde

Esposo, ¿oyes ese ruido?

El campesino bajó unas carnosas hojas de alcaucil que estaba a punto de llevarse a la boca.

—La verdad, mujer, no escucho otra cosa que el ruido de las lechugas creciendo —respondió el hombre. Y ensartó su tenedor en la ensalada que adornaba el centro de la mesa.

—Tú solamente oyes y entiendes de lechugas.

—Tú solamente entiendes de preocupaciones.

—¿Qué puedo hacer si nací con este oído entrenado en escuchar desgracias?

—¡Pavadas...! —protestó el marido—. Yo le llamo desgracia a perderse estas buenas hojas mojadas en aceite de oliva.

Pero la verdad es la verdad. Y era muy cierto que una desgracia se avecinaba.

—No puedo saber de qué se trata —dijo la mujer acercándose a la ventana que daba a los surcos de hortalizas—. Pero llega..., viene..., se acerca.

—¡Por los rulos de las escarolas, esposa! Deja ya de hablar como adivina, y córtame otro trozo de pastel de acelga.

Aquel hombre bonachón, siempre en mangas de camisa y jamás resfriado, no le daba ninguna importancia a las preocupaciones de su esposa. El repetía que cada día era cada día. Y eso de andar preocupándose por el futuro le parecía una pérdida de tiempo.

Sin embargo, lo que el prodigioso oído de su esposa estaba oyendo era una desgracia tan cercana que ya no merecía llamarse futuro. Más bien merecía llamarse muy pronto, mañana mismo; merecía llamarse ¡Dios nos ayude!

La desgracia que se avecinaba era nada más y nada menos que una plaga de langostas. Cientos y cientos de insectos hambrientos que se arremolinaban, y se preparaban para salir en vuelo devorador. Por donde aquella multitud pasara, no quedaría nada.

Cuando las langostas que se estaban reuniendo fueran suficientes para formar una nube, se lanzarían sobre los huertos de los hombres. Entonces, el trabajo de un año entero quedaría destruido en un abrir y cerrar de ojos.

Siempre que se habla de plaga de langostas se utiliza la palabra nube. Eso ocurre porque no hay mejor manera de explicarlo. Realmente, una plaga es una nube, es una enorme tormenta, es un cielo entero que pasa y se lleva los brotes. Y con los brotes, se lleva las esperanzas de los buenos campesinos.

—¿Oyes, esposo? —volvió a decir la mujer.

—Claro que oigo.

—¡Entonces tú también estás oyendo! —exclamó la pobre mujer, feliz de no ser la única.

—Oigo el crecer de las lechugas. Y ninguna, pero ninguna, pero ninguna otra cosa. —El hombre se quitó la servilleta que tenía atada al cuello. Con eso quería decir que ya no deseaba comer alcauciles, ni tampoco conversar sobre tonterías.

Un poco más tarde, el matrimonio campesino se sentó en el porche de la casa para disfrutar de la tranquila noche sobre el huerto. Era verano, las hortalizas estaban en todo su esplendor. A nadie en este mundo debería hacerle falta mucho más que eso para ser dichoso. Nuestro campesino, al menos, no lo necesitaba. Estaba orgulloso de su huerto, magnífico entre huertos magníficos. Sus surcos parecían trazados por un arquitecto, sus parcelas de hortalizas estaban prolijamente distribuidas. Y todo alrededor crecían frondosos olivos.

—Hablando de olivos —dijo el campesino—, me comería con gusto algunas aceitunas.

Aunque el hombre acababa de cenar, las aceitunas lo tentaban por un doble motivo. En primer lugar, tenían un sabor excelente. Su esposa las aderezaba con laurel y albahaca. La mujer era dada a hablar fantasías, pero cocinar... ¡cocinaba como las hadas del bosque!

En segundo lugar, el campesino encontraba una gran diversión escupiendo los carozos muy lejos, lo más lejos posible. ¡Escupir muy lejos carozos de aceitunas, habilidad que le venía de familia, era su segundo orgullo después del huerto.

—Te las traeré —dijo la mujer, levantándose pesadamente de su silla—, pero recuerda que luego no podrás dormir bien a causa de tanto que cargas tu estómago.

La mujer regresó con un tazón lleno de aceitunas. Pero antes de entregárselo a su esposo se detuvo con expresión de miedo en su rostro.

—Otra vez el sonido —balbuceó.

—¡Otra vez tú! —gruñó el campesino, que no tenía ganas de darle importancia a las imaginaciones de su mujer—. ¡Trae aquí ese tazón, y siéntate a mi lado! Cantaremos juntos la canción del repollo gigante. ¿La recuerdas...?

El campesino comenzó a tararear con voz de hombre satisfecho:

—Había una vez un repollo

¡Sí!

Crecido en el huerto del ogro

¡Sí!

Pero su esposa no tenía ánimo para canciones.

—¿Cómo crees que me sentaré a cantar cuando hay una desgracia sobre nuestras cabezas?

El campesino miró hacia arriba, y sólo vio un cielo amable y lustroso.

—Entonces, ven y jugaremos a quién de los dos escupe más lejos los carozos.

—¡Una señora decente no puede escupir carozos de aceitunas! —se indignó su esposa.

—No veo nada malo en eso —respondió el campesino con toda calma—. Mi prima Esmeralda también lo hace. ¡Y debo reconocer que algunas veces me ha vencido!

Semejante respuesta fue demasiado para una mujer que estaba oyendo llegar una tragedia. Se puso las manos en las caderas. Y, mientras golpeaba el suelo con el pie, dijo todo lo que tenía que decir:

—¡Tú, tu prima Esmeralda y tus carozos de aceitunas me importan menos que una rodaja de pepino! Escúchame bien, una desgracia nos caerá encima antes del amanecer. No sé decirte qué cosa será, pero créeme que no me equivoco. ¡Canta la canción del repollo gigante, si eso es lo que quieres! ¡Escupe carozos, si eso te hace feliz! Pero luego no te quejes, hombre insensato.

La mujer se desató el delantal de cocina que aún llevaba puesto, y lo tiró sobre la cabeza de su marido. Luego entró a la casa dando un portazo.

El campesino ni se molestó en quitarse de encima el delantal que le había quedado puesto como un manto de novia. De inmediato volvió a cantar, y estuvo haciéndolo durante un largo rato.

De pronto, descubrió una aceituna particularmente grande. Y pensó que debería tener un excelente carozo para escupir. Dejó de cantar, y se llevó la aceituna a la boca. La pulpa jugosa y de buen sabor era lo que menos le importaba en ese momento. Al campesino le interesaba limpiar bien el carozo, y dejarlo listo para su travesía aérea. Como experto que era, sabía de sobra que cualquier resto de pulpa adherida al carozo le dificultaría el vuelo.

Cuando el carozo estuvo listo, lo colocó en la posición correcta para el disparo. El campesino concentró toda su energía en el soplado que estaba a punto de emitir. Repasó mentalmente cada detalle para asegurarse de que todo estuviese en condiciones: la postura de su torso, recto y ligeramente inclinado hacia adelante, el cuello bien erguido, los labios en forma de silbido. "Este carozo deberá llegar más lejos que cualquier otro que yo haya escupido", pensó. Y enseguida se rectificó: "Deberá llegar más lejos que cualquier otro que se haya escupido a lo largo del tiempo". Entonces, inició mentalmente la cuenta de despegue: —Uno, dos, tres...

¡Y salió el carozo de aceituna con la fuerza de un proyectil! El campesino lo vio un instante en el aire. El carozo se fue lejos por el aire lejos.

"¿Adonde habrá ido a parar?", se preguntó el campesino.

Pues, fue a dar justo en la cabeza de una ranita que paseaba por el estanque sentada sobre una gran hoja de árbol. El carozo llegó con tanta fuerza y desde tan lejos que la pequeña rana no pudo soportar el golpe, y murió de inmediato.

Entonces, los sauces que rodeaban el estanque, y que habían visto nacer a la ranita, comenzaron a llorar desconsoladamente.

—¡Ay de nuestra rana amiga! ¿Qué extraño suceso fue el que acabó con su vida? —se preguntaban unos a otros.

Y como eran muchos y muy sensibles, el lugar se llenó de lágrimas, gemidos y suspiros por la difunta rana.

Entonces, los loros salvajes que tenían sus nidos en los sauces se despertaron malhumorados.

—¡Tanto barullo por una rana! —protestaron. Y convencidos de que en aquel lugar les resultaría imposible dormir, y viendo que sus plumas empezaban a empaparse de llanto; tomaron la decisión de marcharse de allí.

La bandada de loros voló rumbo a un robledal que quedaba del otro lado de la colina. También ellos eran muchos, y no dejaban de graznar maldiciones contra los sauces llorones.

Entonces, pasaron junto a la ventana de Esmeralda, la prima del campesino. La prima Esmeralda oyó el alboroto, y se levantó de su cama para enterarse de lo que estaba ocurriendo.

—Parece que estos pajarracos me han quitado el sueño —se dijo Esmeralda—. Me sentaré en el porche a tomar el aire de noche.

Para no aburrirse, la prima de nuestro campesino se llevó un tazón lleno de aceitunas condimentadas con laurel y albahaca. Entonces, entre todo el montón de aceitunas descubrió una particularmente grande, y pensó que debería tener un excelente carozo para escupir. La prima Esmeralda se colocó en posición, puso sus labios en forma de silbido, y disparó. El carozo que tenía dentro de su boca salió con la fuerza de un proyectil, y se fue lejos por el aire lejos. "¿Adonde habrá ido a parar?", se preguntó Esmeralda.

Pues, el carozo de aceituna había atravesado toda la aldea para entrar por la ventana abierta del Instituto Agronómico de Parques, Prados y Praderas. Y había dado en el centro de la cabeza del guardia nocturno que estaba profundamente dormido. Entonces, el guardia del Instituto Agronómico de Parques, Prados y Praderas se despertó sobresaltado.

—¿Qué extraña cosa habrá pegado en mi cabeza? —pensó, pasándose la mano sobre el dolor.

Y para aliviar el mal despertar, se dispuso a preparar un té de menta.

Entonces, miró por rutina la pantalla conectada al radar que detectaba plagas, granizos, y otros males.

El pobre guardián demoró en creer le que estaba viendo. Pero, le gustara o no, la verdad estaba nítida frente a sus ojos abiertos: una terrible plaga de langostas volaba hacia la zona de los huertos. En poco tiempo, los huertos serían devorados por aquellos insectos eternamente hambrientos. El guardián del Instituto Agronómico de Parques, Prados y Praderas supo que debía actuar con velocidad. Sin perder ni un segundo más, pulsó el control que alertaba a las patrullas de fumigación.

Los fumigadores, que cobraban dinero extra por cada desgracia evitada, se hicieron presentes con una rapidez incomprensible. Piloteando dos viejos y ruidosos helicópteros, vestidos con trajes a prueba de intoxicaciones y cubiertos con sus máscaras protectoras casi parecían dibujos animados.

La plaga fue rodeada y saturada de humos mortíferos. Primero las langostas sintieron un olor extraño, luego perdieron el rumbo, después comenzaron a entrechocarse unas con otras. Finalmente cayeron al suelo como gotas de lluvia. ¡Y adiós, mala tormenta!

A la mañana siguiente, el campesino se levantó muy temprano, como era su saludable costumbre. Su mujer se había levantado antes que él, y estaba de pie en el porche.

—¡Lo sé! Vas a decirme que oyes venir una desgracia. —Y por hacerle burla, habló igual que ella —: Ya llega, ya viene, está cerca...

—No iba a decirte eso —murmuró su esposa.

—¿Ah, no? ;

—No.

—¿Y por qué estás parada en el porche tan de madrugada?

La campesina no era mujer de perder con gusto. Sin embargo, tuvo que decir la verdad.

—Pues aquí estoy... Oyendo crecer las lechugas.

Su marido se fue a la cocina riendo con la boca abierta, el estómago de arriba para abajo, y el corazón alegre.

—¡Y no te rías tanto! —dijo su esposa, que había ido tras él—. Tal vez fue el buen Dios quien se llevó la desgracia. ¡Pero que venía, venía!

—¡Pero que se ha ido, se ha ido! —respondió el campesino sin dejar de reírse.

—Debo darte razón en eso. Aunque de algo estoy muy segura.

—¿Y de qué estás tan segura, mujer mía?

—Estoy segura... —La mujer se colocó el delantal de cocina—. ¡Estoy segura de que tus carozos de aceituna no tuvieron nada que ver en este asunto!

Luego se dio vuelta, y comenzó a picar una montaña de perejil.

Liliana Bodoc

18^{dic}2012

Cuento: EL BESUQUEADOR. De Elsa Bornemann



Del libro: “La edad del pavo”. De Elsa Bornemann. Editorial Alfaguara infantil/juvenil serie azul 12 años.

Le decían «El Besuqueador» o «El Besuquero». ¡Y bien merecido por cierto!

Aquel muchacho tenía una costumbre rarísima.

¿Sabían cuál? Pues besar a personajes famosos. Se lo pasaba viajando de un lado a otro, en compañía de su fotógrafa particular. Iba llevado —tan sólo— por su deseo de estampar sonoros besos en las mejillas de presidentes, actores, deportistas escritores, músicos, bailarines...

A cuanto personaje muy conocido lograba acercarse... ¡CHUIC!... le daba un beso. Su fotógrafa particular apresaba aquel momento en su maquinita: ¡CLIC!

¡Qué feliz se sentía entonces «El Besuquero»! Tanto como cuando —ya de regreso en su casa— contemplaba su colección de fotografías que tapizaban todas las paredes de la vivienda. Ah... En cada una de ellas podía vérselo besando a algún famoso...

La mayoría de las veces el muchacho no salía muy favorecido que digamos: tales eran las contorsiones que debía hacer para dar sus «besos a la fuerza»...tantos eran los codazos que propinaba para abrirse paso entre el gentío y los guardaespaldas que suelen rodear a los grandes personajes... En síntesis: salía mal en las fotos... por lo general aparecía como un chiflado... pero ese detalle no empequeñecía su felicidad.

—¿Se da cuenta de la cantidad de gente importante que llevo besada? —le dijo un día a su fotógrafa particular—. ¡Soy tan importante como ellos!

Y se puso a cantar:

De mi boquita
nadie se escapa.
Besé a una reina,
también al Papa...

—¡Bah, bah!, ¡más le convendría hacerse gárgaras de talco, en vez de decir tamañas pavadas! —exclamó —de repente— la fotógrafa, mientras revelaba la última instantánea que le había tomado al Besuqueador, besuqueando al más publicitado futbolista de Mongonesia.

El muchacho se quedó mudo al escucharla. Aquella joven lo habla acompañado desde el comienzo de sus viajes a través del mundo... Jamás le había hecho ningún comentario... ¿Qué le pasaría?

—¿Qué le pasa? —le preguntó entonces.

—Pasa que estoy harta, harrta de trabajar para usted, un hombre tan pavo...

—¿Pavo yo?

—¡Pavísimo! ¡Con esa manía de besar porque sí... y jamás un besito para alguien que lo quiera! Además... ¿a usted quién lo besa? ¡Nadie, nunca, le dio un simple besito de amor!

¡Renuncio a mi empleo! ¡No lo soporto más! Adiós.

La joven se fue llorando. ¿Por qué lloraría?

Durante varios meses, el Besuqueador no salió a besuquear, tal era su confusión debido a las palabras de la fotógrafa.

Encerrado en su casa, pensaba en ellas una y otra vez.

¡Ah...! pero también pensaba en ella una y otra vez...

Hasta que un día, sintió que volvía a tener unas enormes ganas de dar un beso... ¿A quién?

Pues a aquella muchacha anónima.

Entonces, la llamó por teléfono, le mandó un telegrama y le escribió una carta para decírselo...

Y el besito que los unió más tarde fue de amor, de verdadero amor...

Por supuesto, se pusieron de novios y se casaron.

Poco tiempo después, con todas sus ridículas fotos del pasado, el ex-besuqueador publicó un álbum titulado:

«CUANDO YO ERA PAVO»...

Visto y leído en: [NO ME VENGAS CON ESE CUENTO](#)

Ilustración: [LEANDRO LAMAS](#)

MIEDO

Había una vez un chico que tenía miedo.

Miedo a la oscuridad, porque en la oscuridad crecen los monstruos.

Miedo a los ruidos fuertes, porque los ruidos fuertes te hacen agujeros en las orejas.

Miedo a las personas altas, porque te aprietan para darte besos.

Miedo a las personas bajitas, porque te empujan para arrancarte los juguetes.

Mucho miedo tenía ese chico.

Entonces, la mamá lo llevó al doctor. Y el doctor le recetó al chico un jarabe para no tener miedo (amargo era el jarabe).

Pero al papá le pareció que mejor que el jarabe era un buen reto:

-¡Basta de andar teniendo miedo, vos!- le dijo -. ¡Yo nunca tuve miedo cuando era chico!

Pero al tío le pareció que mejor que el jarabe y el reto era una linda burla:

-¡La nena tiene miedo, la nena tiene miedo!

El chico seguía teniendo miedo. Miedo a la oscuridad, a los ruidos fuertes, a las personas altas, a las personas bajitas.

Y también a los jarabes amargos, a los retos y a las burlas.

Mucho miedo seguía teniendo ese chico.

Un día el chico fue a la plaza. Con miedo fue, para darle el gusto a la mamá.

Llena de personas bajitas estaba la plaza. Y de persona altas.

El chico se sentó en un banco, al lado de la mamá. Y fue ahí que vio a una persona bajita pero un poco alta que le estaba pegando a un perro con una

rama. Blanco y negro era el perro. Con manchitas. Muy flaco y muy sucio estaba el perro.

Y al chico le agarró una cosa acá, en el medio del ombligo.

Y entonces se levantó del banco y se fue al lado del perro. Y se quedó parado, sin saber qué hacer. Muerto de miedo se quedó.

La persona alta pero un poco bajita lo miró al chico. Y después dijo algo y se fue. Y el chico volvió al banco. Y el perro lo siguió al chico. Y se sentó al lado.

-No es de nadie- dijo el chico -¿Lo llevamos?

-No- dijo la mamá.

-Sí- dijo el chico -. Lo llevamos.

En la casa la mamá lo bañó al perro. Pero el perro tenía hambre.

El chico le dio leche y un poco de polenta del mediodía. Pero el perro seguía teniendo hambre. Mucha hambre tenía ese perro.

Entonces el perro fue y se comió todos los monstruos que estaban en la oscuridad, y todos los ruidos fuertes que hacen agujeros en las orejas. Y como todavía tenía hambre también se comió el jarabe amargo del doctor, los retos del papá, las burlas del tío, los besos de las personas altas y los empujones de las personas bajitas.

Con la panza bien rellena, el perro se fue a dormir.

Debajo de la cama del chico se fue a dormir, por si quedaba algún monstruo.

Ahora el chico que tenía miedo no tiene más miedo.

Tiene Perro.

Graciela Cabal

Del tamaño de un hermano

por **Marina Colasanti**

Tenía un hermano pequeño, y a nadie más tenía. Hacía mucho tiempo, desde la muerte de sus padres, habitaban los dos solos en esa playa desierta, rodeada de montañas. Pescaban, cazaban, recogían frutos y se sentían felices.

En verdad, tan pequeño era el otro, apenas como la palma de su mano, que el mayor encontraba normal ocuparse él solo de todo. Pero atento siempre a la vigilancia de su hermano, delicado y único en su minúsculo tamaño.

Nada hacía sin llevarlo consigo. Si era día de pesca, allá se iban los dos mar adentro, el mayor metido en el agua hasta los muslos, el menor a caballo en su oreja, ambos inclinados sobre la transparencia del agua, esperando el momento en que el pez se acercaría y ¡zas! caería preso en la celada de sus manos.

Si se trataba de cazar, salían hacia el bosque, el pequeño acomodado a sus anchas en la alforja de cuero, el grande caminando a largos pasos por entre los arbustos, en busca de algún animal salvaje que les garantizara el almuerzo, o de frutas maduras y jugosas para calmar la sed.

Nada faltaba a los dos hermanos. Pero en las noches, sentados frente al fuego recordaban el pasado, cuando sus padres aún estaban vivos. Y entonces la casa entera parecía llenarse de vacío y, casi sin advertirlo, comenzaban a hablar de un mundo más allá de las montañas, preguntándose cómo sería, si estaría habitado, e imaginando la vida de aquellos habitantes.

De una en otra suposición, la charla se ampliaba con nuevas historias que se ligaban entre sí, prolongándose hasta la madrugada. Y, durante el día, los dos hermanos sólo pensaban en

la llegada de la noche, hora en que habrían de sentarse junto al fuego a recrear ese mundo que ignoraban. Y la noche se fue haciendo mejor que el día, la imaginación más seductora que la realidad.

Hasta que una vez, ya cerca del amanecer, el pequeño dijo:

—¿Por qué no vamos?

Y el mayor se sorprendió de no haber pensado en algo tan evidente.

No tardaron mucho en los preparativos. Reunieron algunas provisiones, tomaron pieles para enfrentar el frío de las montañas, cerraron bien la puerta de entrada. Y se pusieron en camino.

Montado en la cabeza del hermano, asegurando con vigor las redes de su cabello, el pequeño se sentía tan valiente como si también él fuera alto y poderoso. Cabalgadura de su hermano, pisando con firmeza tierras cada vez más desconocidas, el mayor se sentía estremecer por dentro, como si también él fuera pequeño y delicado. Pero los dos cantaban sin cesar, estaban juntos, y aquélla era su más linda aventura.

Después de algunos días de marcha, el suelo dejó de ser plano, y comenzó la cuesta de la montaña. Subieron por caminos abiertos mucho antes por los animales, inventaron atajos. Desde la cabeza del hermano, el pequeño indicaba los rumbos más fáciles. Y el grande se aferraba a las piedras, rodeaba zanjones, bordeaba precipicios. Cada día más frío, el viento les arañaba el rostro. Nubes densas cubrían su canto. Acampaban por la noche entre las rocas, envueltos en pieles. Y al amanecer proseguían su lenta ascensión.

Tanto subieron que un día, de repente, no hubo ya modo de subir más. Habían llegado a la cima de la montaña. Y de allá arriba, extasiados, contemplaron por fin el otro lado del mundo.

Qué bonito era. Y tan diminuto, en la distancia, y tan limpio y bien dispuesto. Las colinas descendían, suaves, hasta los valles, y los valles sembrados de huertos y campos estaban salpicados de aldeas, con casitas y gentes muy pequeñas que se movían a lo lejos.

Alegres, los dos hermanos comenzaron a descender. Bajaron y bajaron, por caminos ahora más fáciles, trazados por otros pies humanos. Pero, curiosamente, por más que avanzaban, las casas y las personas no parecían crecer tanto como habían esperado. Ellos estaban cada vez más cerca, y los otros seguían siendo pequeños. Tan pequeños tal vez como el hermano que, desde su alto mirador, espiaba sorprendido.

Casi estaban llegando a la primera aldea, cuando oyeron un grito, y después otro, y vieron que todas aquellas personitas corrían a encerrarse en sus casas, cerrando luego tras de sí puertas y ventanas.

Sin entender cabalmente lo que sucedía, el hermano mayor depositó en el suelo al pequeño. Y éste, viéndose por primera vez en un mundo de su tamaño, infló el pecho, irguió la cabeza y, pisando con determinación, se acercó a la casa más próxima. Llamó a la puerta, y esperó.

A través de la hendidura que se abrió con cautela, dos ojos, exactamente a la altura de los suyos, espionaron. Silencio al otro lado de la puerta. Pero un segundo después también las alas de la ventana se apartaron levemente, dando espacio a la vivaz curiosidad de otro par de ojos. Y en cada casa se abrieron temblorosas otras hendiduras, asomó tras ellas el destello de otras miradas. Al principio, recelosas, casi encogidas entre los hombros, después más osadas, estirándose, surgieron cabezas de hombres, de mujeres y de niños.

Cabezas pequeñas, todas minúsculas como la de su hermano, pensó el mayor, mientras trataba afanoso de comprender. No había nadie allí que fuera grande, nadie de su propio tamaño. Y sin duda sucedía lo mismo en las aldeas vecinas, en todas aquellas casas que él había creído pequeñas sólo a causa de la distancia.

El mundo, descubrió con súbito sobresalto al comprender por fin la realidad, estaba hecho a la medida de su hermano.

Entonces vio que éste, tras hablar con los habitantes de la casa, volvía hacia él tendiéndole la mano. El hermano, que siempre le pareciera tan frágil, lo llamaba ahora con dulce firmeza. Y él se inclinó hasta tocar su manecita, y se dejó guiar hasta las gentes de la aldea, frágil y único gigante en este mundo.

*Cuento extraído, con autorización de sus editores, del libro **Lejos como mi querer y otros cuentos** del Grupo Editorial Norma (Bogotá, 1996), colección Torre de Papel, serie Torre Amarilla.*

Nº 103 | **FICCIONES** | 28 de mayo de 2003

La inspiración

por **Pablo De Santis**

*Cuento inédito, publicado en **Imaginaria** por gentileza y autorización del autor.*

El poeta Siao, que vivía desde el otoño en el palacio imperial, fue encontrado muerto en su habitación. El médico de la corte decretó que la muerte había sido provocada por alguna sustancia que le había manchado los labios de azul. Pero ni en las bebidas ni en los alimentos hallados en su habitación había huellas de veneno.

El consejero literario del emperador estaba tan conmovido por la muerte de Siao, que ordenó llamar al sabio Feng. A pesar de la fama que le había dado la resolución de varios enigmas —entre ellos la muerte del mandarín Chou y los llamados "crímenes del dragón"— Feng vestía como un campesino pobre. Los guardias imperiales se negaron a dejarlo pasar, y el consejero literario tuvo que ir a buscarlo a las puertas del palacio para conducirlo a la habitación del muerto.

Sobre una mesa baja se encontraban los instrumentos de caligrafía del poeta Siao: el pincel de pelo de mono, el papel de bambú, la tinta negra, el lacre con que acostumbraba a sellar sus composiciones.

—Mis conocimientos literarios son muy escasos y un poco anticuados. Pero sé que Siao era un famoso poeta, y que sus poemas se contaban por miles —dijo Feng—. ¿Por qué todo esto está casi sin usar?

—Sabio Feng: hacía largo tiempo que Siao no escribía. Como verá, comenzó a trazar un ideograma y cayó fulminado de inmediato. Siao luchaba para que volviera la inspiración, y en el momento de conseguirla, algo lo mató.

Feng pidió al consejero quedarse solo en la habitación. Durante un largo rato se sentó en silencio, sin tocar nada, inmóvil frente al papel de bambú, como un poeta que no encuentra su inspiración. Cuando el consejero, aburrido de esperar, entró, Feng se había quedado dormido sobre el papel.

—Sé que nadie, ni siquiera un poeta, es indiferente a los favores del emperador —dijo Feng apenas despertó—. ¿Tenía Siao enemigos?

El consejero imperial demoró en contestar.

—La vanidad de los poetas es un lugar común de la poesía, y no quisiera caer en él. Pero en el pasado, Siao tuvo cierta rencilla con Tseng, el anciano poeta, porque ambos coincidieron en la comparación de la luna con un espejo. Y un poema dirigido contra Ding, quien se llama a sí mismo "el poeta celestial", le ganó su odio. Pero ni Tseng ni Ding se acercaron a la habitación de Siao en los últimos días.

—¿Y se sabe qué estaban haciendo la noche en que Siao murió?

—La policía imperial hizo esas averiguaciones. Tseng estaba enfermo, y el emperador le envió a uno de sus médicos para que se ocupara de él. En cuanto a Ding, está fuera de toda sospecha: levantaba una cometa en el campo. Había varios jóvenes discípulos con él. Ding había escrito uno de sus poemas en la cometa.



—¿Y dónde levantó Ding esa cometa? ¿Acaso se veía desde esa ventana?

Si, justamente allí, detrás del bosque. Honorable Feng: los oscuros poemas de Ding tal vez no respeten ninguna de nuestras antiguas reglas, pero no creo que alcancen a matar a la distancia. ¡Además, la cometa estaba en llamas!

—¿Un rayo?

—Caprichos de Ding. Elevar sus poemas e incendiarlos. Yo, como usted, Feng, tengo un gusto anticuado, y no puedo juzgar las nuevas costumbres literarias del palacio.

Feng destinó la tarde siguiente a leer los poemas de Siao. A la noche anunció que tenía una respuesta. El consejero imperial se reunió con él en las habitaciones del poeta asesinado. Feng se sentó frente a la hoja de bambú y completó el ideograma que había comenzado a trazar Siao.

—"Cometa en llamas" —leyó el consejero—. ¿La visión de la cometa le hizo a Siao recuperar la inspiración?

—Siao trabajaba a partir de aquello que lo sorprendía. El momento en que se detiene el rumor de las cigarras, la visión de una estatua dorada entre la niebla, una mariposa atrapada por la llama. De estas cosas se alimentaba su poesía. Aquí en el palacio, ya nada lo invitaba a escribir: por eso su pincel nuevo estaba sin usar desde hacía meses. Ding puso allí el veneno, y con la suficiente anticipación como para que nadie sospechara de él. Sabía que Siao, como todos los que usan pinceles de pelo de mono, se lo llevaría a la boca al usarlo por primera vez, para ablandarlo. Los restos del veneno se disolvieron en la tinta. Esa fue una de las armas de Ding.

—Imagino que la otra fue la cometa —dijo el consejero.

—Ding sabía que al ver algo tan extraño como una cometa en llamas, la inspiración volvería al viejo Siao.

Feng tomó el pincel de pelo de mono y escribió:

Una cometa en llamas sube al cielo negro.

Brilla un momento y se apaga.

Así la injusta fama del mediocre Ding.

—Mis dotes como poeta son pobres, pero acaso no esté tan alejado del tema que hubiera elegido Siao —Feng limpió con cuidado el pincel—. Como poeta Ding rechaza toda regla, pero como asesino acepta las simetrías. Para matar a un poeta eligió la poesía.

El viaje

por [Arnold Lobel](#)

(Haga click en cada imagen para ver una versión a pantalla completa. Más abajo reproducimos el texto solo.)

EL VIAJE

Había una vez un ratón



que quería visitar

a su madre.



Así que compró un coche



y se dirigió

a casa de su madre.



Condujo



y condujo

y...



... condujo



hasta que el coche se rompió.



Pero a un lado de la carretera

había una persona

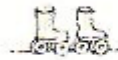


que vendía patines.



Así que el ratón compró

un par de patines



y se los puso.

Patinó



y patinó



y patinó



hasta que las ruedas se soltaron.



Pero a un lado de la carretera

había una persona



que vendía botas.



Así que el ratón compró

unas botas



y se las puso.

Caminó



y caminó



y caminó



hasta que las botas...

...se agujerearon.



Pero a un lado de la carretera

había una persona



que vendía tenis.



Así que el ratón compró

un par de tenis.



Se puso los tenis y corrió



y corrió



y corrió



hasta que los tenis

se gastaron.



Entonces se los quitó

y caminó



caminó



y caminó



hasta que los pies se le lastimaron tanto
que no pudo seguir andando.



Pero a un lado de la carretera

había una persona



que vendía pies.



Así que el ratón se quitó sus viejos pies

y se puso unos nuevos.



Y así anduvo



hasta llegar

a casa de su madre.



Cuando llegó,



su madre se alegró mucho de verlo.

Lo abrazó...



...y le dio



un beso

y le dijo: - ¡Hola, hijo!

¡Qué bien te encuentro



y qué pies nuevos

tan bonitos tienes!

*Extraído, con autorización de los editores, del libro **Historias de ratones**, de Arnold Lobel. (Texto e ilustraciones de Arnold Lobel. Traducción de Xosé Manuel González. Pontevedra, Kalandraka Editora, 2000)*

Artículos relacionados:

Autores: Arnold Lobel

Reseñas de libros: "Historias de ratones", de Arnold Lobel

Imaginaria Revista quincenal de Literatura infantil

14oct2012

Cuento: SAPO VERDE de Graciela Montes



Humberto estaba muy triste entre los yuyos del charco. Ni ganas de saltar tenía. Y es que le habían contado que las mariposas del Jazmín de Enfrente andaban diciendo que él era sapo feúcho, feísimo y refeo.

—Feúcho puede ser —dijo, mirándose en el agua oscura—, pero tanto como refeo... Para mí que exageran... Los ojos un poquitito saltones, eso sí. La piel un poco gruesa, eso también. Pero ¡qué sonrisa!

Y después de mirarse un rato le comentó a una mosca curiosa pero prudente que andaba dándole vueltas sin acercarse demasiado:

—Lo que a mí me faltan son colores. ¿No te parece? Verde, verde, todo verde. Porque pensándolo bien, si tuviese colores sería igualito, igualito a las mariposas.

La mosca, por las dudas, no hizo ningún comentario.

Y Humberto se puso la boina y salió corriendo a buscar colores al Almacén de los Bichos.

Timoteo, uno de los ratones más atentos que se vieron nunca, lo recibió, como siempre, con muchas palabras:

—¿Qué lo trae por aquí, Humberto? ¿Anda buscando fosforitos para cantar de noche? A propósito, tengo una boina a cuadros que le va a venir de perlas.

—Nada de eso, Timoteo. Ando necesitando colores.

—¿Piensa pintar la casa?

—Usted ni se imagina, Timoteo, ni se imagina.

Y Humberto se llevó el azul, el amarillo, el colorado, el fucsia y el anaranjado. El verde no, porque ¿para qué puede querer más verde un sapo verde?

En cuanto llegó al charco se sacó la boina, se preparó un pincel con pastos secos y empezó: una pata azul, la otra anaranjada, una mancha amarilla en la cabeza, una estrellita colorada en el lomo, el buche fucsia. Cada tanto se echaba una ojeadita en el

espejo del charco.

Cuando terminó tenía más colorinches que la más pintona de las mariposas. Y entonces sí que se puso contento el sapo Humberto: no le quedaba ni un cachito de verde. ¡Igualito a las mariposas!

Tan alegre estaba y tanto saltó que las mariposas del Jazmín lo vieron y se vinieron en bandada para el charco.

—Más que refeo. ¡Refeísimo! —dijo una de pintitas azules, tapándose los ojos con las patas.

—¡Feón! ¡Contrafeo al resto! —terminó otra, sacudiendo las antenas con las carcajadas.

—Además de sapo, y feo, mal vestido —dijo una de negro, muy elegante.

—Lo único que falta es que quiera volar —se burló otra desde el aire.

¡Pobre Humberto! Y él que estaba tan contento con su corbatita fucsia.

Tanta vergüenza sintió que se tiró al charco para esconderse, y se quedó un rato largo en el fondo, mirando cómo el agua le borraba los colores.

Cuando salió todo verde, como siempre, todavía estaban las mariposas riéndose como locas.

—¡Sa-po verde! ¡Sa-po verde!

La que no se le paraba en la cabeza le hacía cosquillas en las patas.

Pero en eso pasó una calandria, una calandria lindísima, linda con ganas, tan requetelinda, que las mariposas se callaron para mirarla revolotear entre los yuyos.

Al ver el charco bajó para tomar un poco de agua y peinarse las plumas con el pico, y lo vio a Humberto en la orilla, verde, tristón y solo. Entonces dijo en voz bien alta:

—¡Qué sapo tan buen mozo! ¡Y qué bien le sienta el verde!

Humberto le dio las gracias con su sonrisa gigante de sapo y las mariposas del Jazmín perdieron los colores de pura vergüenza, y así anduvieron, caiduchas y transparentes, todo el verano.

Visto y leído en: [® Red Escolar, México 2009](#)

•Sapo verde. Publicado originalmente en la colección Los cuentos del Chiribitil del Centro Editor de América Latina (Buenos Aires, 1978). Actualmente agotado. Reproducido en [Imaginaria](#) con autorización de la autora.

Ilustración: [©Ixchel Estrada](#)

23^{Oct2012}

Cuento: Más chiquito que una arveja, más grande que una ballena, de Graciela Montes



Había una vez un gato muy grande. Tan grande, pero tan grande, que no pasaba por ninguna puerta. Tan grande, pero tan grande, que cuando estaba enojado y hacía ¡FFFFF! Se volaban todas las hojas de los árboles. Tan grande, pero tan grande, que cuando hacía ¡MIAUUUU! Todos creían que habían llegado los bomberos porque había un incendio.

Y había también un gato muy chiquito. Tan chiquito, pero tan chiquito, que dormía en una latita de paté y, cuando hacía frío, se tapaba con un boleto capicúa. Tan chiquito, pero tan chiquito que, cuando andaba de acá para allá, todos lo confundían con una pelusa. Tan chiquito que, para verlo bien, había que mirarlo con microscopio.

El Gato Grande era muy famoso en el barrio.
Todos los vecinos hablaban de él y lo mimaban mucho.

- ¡Qué gato tan hermoso! - decían.
- ¡Los gatos grandes son hermosísimos! - decían.

El Gato Grande comía mucho. A la mañana bien temprano los vecinos le traían cinco palanganas de leche tibia. Al mediodía le traían una carretilla de hígado con mermelada (que era su comida favorita). A la tardecita le dejaban preparada una bañera de polenta, por si se despertaba con hambre en la mitad de la noche. Cuando los vecinos le traían la comida, el Gato Grande sonreía (porque algunos gatos saben sonreír) y se ponía a ronronear. Cuando el Gato Grande ronroneaba hacía un RRRRRRRRRRRR tan fuerte que todos miraban para arriba porque creían que pasaba un helicóptero por el cielo.

El Gato Chiquito, en cambio, no era nada famoso. Nadie hablaba de él en el barrio y nadie lo mimaba ni un poquito. (En realidad, al Gato Chiquito casi nadie lo veía siquiera.)

Al Gato Chiquito nadie le traía comida nunca. Ni a la mañana. Ni al mediodía. Ni a la tardecita.

Claro que el Gato Chiquito comía muy poco. Con dos gotas de leche tenía bastante. Y una aceituna le duraba una semana. (Al Gato Chiquito le encantaban las aceitunas.)

Cuando el Gato Chiquito encontraba una aceituna, aunque nadie lo veía, también sonreía. Y, aunque nadie lo escuchaba, también ronroneaba.

Un día el gato Chiquito salió a dar un paseo. Y caminó y caminó por la calle más larga del barrio. Tip tap tip tap tip tap, caminaba el Gato Chiquito. Y ese mismo día el Gato Grande también quiso salir a dar un paseo. Y caminó y caminó por todas las calles, y también por la calle más larga del barrio. Top tup top tup top tup,

caminaba el Gato Grande.

El Gato Chiquito y el Gato Grande caminaron y caminaron. Cada vez que el gato Grande caminaba dos cuerdas, el Gato Chiquito terminaba una baldosa. Y cuando el sol estaba bien alto, pero bien alto, el Gato Grande y el Gato Chiquito se encontraron frente a frente. Los dos en la misma vereda de la calle más larga del barrio. El gato Grande hizo ¡FFFFF! Para mostrarle al Gato Chiquito que él era el más fuerte. Hizo ¡FFFFF! Para que el Gato Chiquito lo dejase pasar primero. Pero el Gato Chiquito no se movió de su baldosa. Ni un poquito. Entonces el gato Grande hizo ¡FFFFFFF! (Fue un ¡FFFFF! muy fuerte.)

Y el Gato Chiquito rodó como una pelusa hasta el cordón de la vereda. Y se cayó en charquito tan hondo pero tan hondo que casi se ahoga. Pero no se ahogó. Nadó hasta la orilla del charco y se trepó de nuevo al cordón. (El Gato Chiquito era chiquito, ¡pero valiente!) Se subió de un salto a un adoquín que había por ahí y él también hizo ¡fffff! (fue un ¡fffff! muy chiquito). El Gato Chiquito hizo ¡fffff! porque él también estaba enojado.

Y ahí se quedaron los dos, frente a frente.

Al Gato Grande, el Gato Chiquito le parecía más chiquito que una arveja. Al Gato Chiquito, el Gato Grande le parecía más grande que una ballena.

Entonces el Gato Grande se enojó muchísimo más. Se enojó como sólo pueden enojarse los gatos grandes.

Estiró una pata y sacó las uñas. (Tenía unas uñas filosas como espadas filosas.) Y ¡zas! Le dio un zarpazo al Gato Chiquito. Pero el Gato Chiquito no tuvo miedo. De un salto se subió a la pata del Gato Grande y le tiró con mucha fuerza de los pelos cortitos que le crecían justo al lado de las uñas filosas. (A los gatos les duele muchísimo cuando les tiran de los pelos cortitos, sobre todo si son los que crecen al lado de las uñas filosas)

Miauuuu - maulló el Gato Grande.

Y fue un MIAUUUU tan fuerte que trescientos cincuenta y dos vecinos vinieron a ver qué pasaba. Los trescientos cincuenta y dos vecinos se pusieron en ronda a mirar. Todos miraban con ojos redondos, pero nadie entendía nada de nada. Todos veían al Gato Grande, que se revolcaba por el suelo y maullaba y maullaba y maullaba. Pero nadie veía al Gato Chiquito, que estaba bien escondido entre los pelos del Gato Grande. Y corría por el lomo... de la cabeza a la cola... de la cola a la cabeza... y se trepaba a una oreja... y se hamacaba en los bigotes... y le hacía cosquillas en la nariz y... Aaachus - estornudó el Gato Grande.

Y los trescientos cincuenta y dos vecinos que miraban con ojos redondos salieron volando por el aire como barriletes. Todos menos el Gato Chiquito, que estaba bien agarrado del bigote más gordo del Gato Grande y resistió el estornudo.

Los trescientos cincuenta y dos vecinos fueron volviendo, poco a poco. Ya no tenían los ojos redondos. Ahora tenían las cejas fruncidas. Estaban bastante enojados. Se habían dado cuenta de que no le gustaba salir volando por el aire como barriletes. Tampoco les gustaba tener que oír un MIAUUU más fuerte que la sirena de los bomberos. Empezaron a protestar.

- ¡Este gato está demasiado grande! - decían.

- ¡Los gatos tan grandes son muy molestos! - decían.

Y después todos juntos dijeron:

- ¡Ufa!

Y el Gato Grande le dio vergüenza y se puso colorado (porque algunos gatos se ponen colorados). Entonces el Gato Chiquito se bajó de un salto del bigote del Gato Grande y se empezó a pasear por la vereda. Iba y venía. Y daba otro saltito.

- ¡Oia! ¡Un gato chiquito! - dijeron todos.
- ¡Más chiquito que una arveja! - dijeron.
- ¡Los gatos chiquitos son hermosísimos! - dijeron.

Y desde ese día, en el barrio, los gatos famosos son dos: el Gato Grande y el Gato Chiquito. Claro que las cosas cambiaron un poco.

Los vecinos ya no le dan tanta comida al Gato Grande. Nada más que tres palanganas de leche tibia y media carretilla de hígado con mermelada. Al Gato Chiquito, en cambio, le llevan dos pedacitos de hígado, tres aceitunas y un dedal de leche cada mañana.

Parece ser que ahora el Gato Grande está bastante menos grande. Cuando hace ¡FFFF! Ya no tira más que diez o doce hojas de los árboles. Y parece que el Gato Chiquito está empezando a crecer.

Me dijeron que últimamente ya no entra en la latita de paté; se va a tener que mudar a una lata de duraznos en almíbar. (Lo que no sé es si querrá regalarme el boleto capicúa cuando ya no lo use más de frazada.)

(“Más chiquito que una arveja, más grande que una ballena”. Graciela Montes. Colección: Pan Flauta. Editorial Sudamericana.)

Visto y leído en: [Casa de letras](#) Imagen ©Paul Lung Sitio [Amolife](#)

El romance

Primer intento



Ya llegó la música. Cary está lindísima. ¡Qué manera de gustarme! ¡Tengo que bailar con ella! ¡Es más, hasta puedo preguntarle si quiere ser algo más que mi amiga! Pusieron un tema suave. Es mi oportunidad...

Mi único problema es que he comido ensalada con mucha cebolla. ¿Qué debo hacer? Tengo dos posibilidades:

- Me arriesgo a sacarla a bailar así.
- O me olvido del asunto.

Pero, ¿y si yo le gusto?... Sí, me arriesgo. ¡Debo apurarme y sacarla a bailar rápido! ¡Sí! Aunque, no... no sé. Las decisiones hay que analizarlas muy bien. Si me acerco y la invito a bailar, tengo dos posibilidades:

- Baila conmigo.
- O no baila conmigo.

Si no baila conmigo, está todo claro: no le gusto. Pero si acepta, tengo dos posibilidades:

- Que bailando le haga la pregunta de si quiere ser algo más que mi amiga.
- O que bailando no le haga la pregunta.



Si bailando no le hago la pregunta, está todo claro: soy un imbécil cobarde por no tener valor. Pero si le hago la pregunta, tengo dos posibilidades:

- Que me diga que sí.
- O que me diga que no.

Si me dice que no, está todo claro: no le gusto. Pero si me dice que sí, tengo dos posibilidades:

- Que me deje bailar muy cerquita de ella.
- O que no me deje bailar muy cerquita de ella.

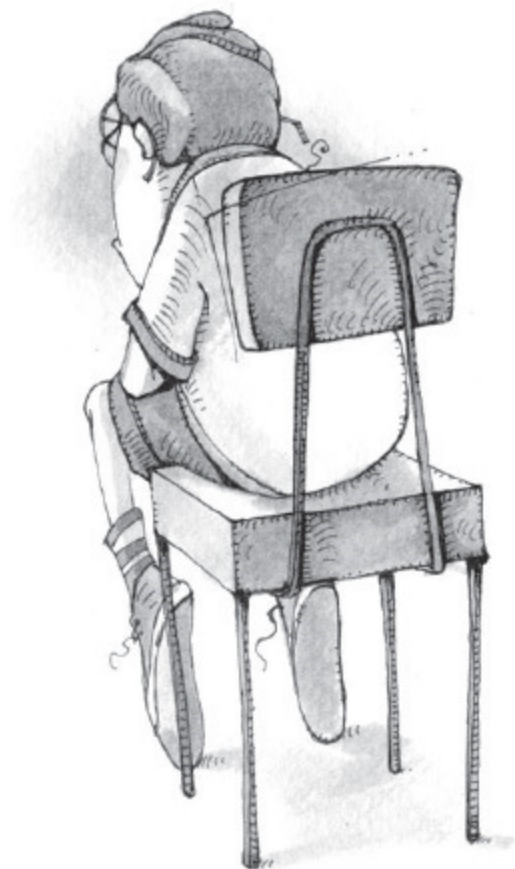
Si no me deja bailar muy cerquita de ella, está todo claro: no le gusto tanto. Pero si me deja bailar muy cerquita de ella, tengo dos posibilidades:

- Que se dé cuenta de mi aliento a cebolla y no siga bailando.
- O que se de cuenta de mi aliento a cebolla y siga bailando.

Si se da cuenta de mi aliento a cebolla y no sigue bailando, está todo claro: no le gusto tanto. Pero si se da cuenta de mi aliento a cebolla y sigue bailando, tengo dos posibilidades:

- Que ella también haya comido cebolla y no me huela.
- O que ella no haya comido cebolla, pero le gusten los malos olores.

Si a ella le gustan los malos olores, está todo claro: no me gusta y no sigo bailando. Pero si ella también comió cebolla, eso significa que comparte mis gustos. Por lo que vamos a ser algo más que amigos y muy felices. Por lo tanto, ¡ya lo decidí! ¡La voy a sacar a bailar! ¿Cómo? ¡El Pocho se me adelantó y la sacó! Ahora no tengo ninguna posibilidad...



—000—

Segundo intento

Me sentía feliz. En la nota que le envié a Cary pude resumir mis sentimientos sin caer en los extremos. Pero me costó mucho trabajo, es verdad. A veces, al redactarla, ponía cosas como: «desde el día que te conocí comprendí que lo eres todo para mí, bla, bla, bla...». Y rompía el papel. Aquello parecía una declaración de esas que salen en las aburridas películas de amor que ven mis padres. En otras, me iba hacia el otro extremo: «Oye, Cary, tienes que enamorarte de mí, ¿entiendes? Y bla, bla, bla...». Hacía mil pedazos la hoja. Un poco más, y le decía que si no se enamoraba de mí, la iba a castigar. Pero, al final, logré redactarla con mucho tacto; sencilla y bonita. ¡Hasta la rocié con unas gotas de perfume! Fue una buena solución la de la nota. Frente a frente me costaba mucho decirle lo que sentía.

Ahora, sólo tenía que esperar la respuesta. Entonces, me senté a comer mis dulces en el banco del parque, por donde debía pasar Cary.

Comencé a prepararme para el encuentro. Cerré los ojos, mientras me la imaginaba a ella corriendo hacia mí con el pelo suelto y cara de felicidad...



Siempre me embelesaba de esa manera al pensar en nuestra relación. Por eso di un salto de sobresacando me gritó al oído.

–¡Oye, bruto! ¿Quién te crees que soy yo?

–¡Cary! No entiendo...

–¡Escúchame, Ada! ¿Cuándo te he prestado alguna rodillera sucia? ¿Cuándo tú me has dado una pelota de fútbol!

–¡¿Cómo?!

–Y te digo más: ¡no permito que te dirijas a mí en ese lenguaje! ¿Por qué razón me enviaste esto, Adalberto?

–Déjame ver esa nota... ¡Ay, mi madre! ¡Es el papelito que le mandé a Pocho! ¡Disculpa, Cary, esto no era para ti! ¡La que te escribí...! ¡Ay, mi madre! ¡Me voy antes de que el Pocho la lea!... ¡Chao!

—000—

Último intento

–¿Aló?

–¿Aló? ¿Estará Cary?

–¿Estará dónde?

–No, sólo pregunto si ella está.

–¿Si está dónde?

–Ahí, en su casa.

–Ah, sí. Está aquí en su casa.

–¿Y podría hablar con ella?

–Supongo que sí. Si los dos saben hablar no veo por qué no...

–Por favor, me refiero a que si podría hablar con ella en este momento.

–En este momento no lo creo, porque estamos hablando usted y yo. Si ella hablara ahora también, no nos entenderíamos. Por otro lado, no tengo interés ahora en hablar con ella. Yo lo hago casi todo el día.

–Perdón, pero ¿con quién hablo?

–Con la madre, de la madre, de la madre de Cary.

–Con la madre... ¡Usted es la bisabuela de Cary!

–Así es.

–Mucho gusto. Yo soy Adalberto. ¿Podría hablar con su bisnieta, por favor? Claro, después que terminemos de hablar usted y yo.

–Sí, como no. Enseguida... Aquí está. Hasta luego.

–Chao.

–¿Aló?

–¿Aló? ¿Cary?

–Sí.

–Cary, soy Ada.

–¿Soyada? No conozco a nadie con ese nombre.

–No, Cary. Te habla Ada. Adalberto.

–¡Hola, Ada!

–Hola, Cary.

–¿Para qué me llamas?

–¿Recuerdas que te dije ayer que tenía que conversar una cosa contigo?

–Sí.

–Bueno pues... deseo decírtelo ahora.

–Dime entonces.

–Cary... Yo he intentado varias veces decirte esto... Pero no es fácil. No quiero que me malinterpretes. Mira... no sé... ¡Ya! ¡Sea lo que sea! ¡Yo quiero que tú y yo seamos algo más que amigos!



–A ver si entiendo: ¿tú quieres ser superamigo mío?

–No, algo más.

–¿Hiperamigo?

–No, más que eso.

–¿Un megamigo?

–¡Más que un superhipermegamigo tuyo!

–¿Un hermano entonces? Pero Ada, eso tendrías que hablarlo con mis padres a ver si te quieren adoptar. Si no, lo veo imposible.

–Cary, me refiero a que quiero ser...

–¿Aló? ¿Con quién hablo?

–¿Cómo? ¡No, señora! ¡Está equivocada! Parece que la línea se cruzó.

–¡Yo no me he cruzado con nadie! ¿Con quién hablo, por favor?

–¡Abuelita, estás hablando con Ada, un amigo mío! Disculpa Adalberto, es mi abuela otra vez. ¡Abuela corta por allá!

–¡Ah, eres tú hija mía! Disculpen...

–¡Qué increíble! No le hagas caso, Ada. Ella a veces se pone... ¿Qué me estabas diciendo?

–Te decía que por lo que he sentido últimamente, yo quisiera que tú y yo...

–¿Aló? ¿Con quién desea hablar?

–¡Abuela, ya te dije que estoy hablando! ¡Cuelga, por favor!

–Pero si yo sólo quería...

—¡Oye, Ada! Yo soy la que voy a colgar. Así no se puede hablar. Termina de decirme esto mañana. ¿Está bien? Chao.

—No, Cary, espera...

—¡Cary, hija mía! ¿Eres tú? ¿Aló, quién habla?

—¡Señora! ¡Por favor! ¡Estuve a punto...!

—¿De qué, mi niño?

—¿Cómo?

—¿Que estuve a punto de qué? Ay, hijo, puedes decírmelo a mí, yo puedo ser tu bisabuela también...

—Gracias, señora. Disculpe, pero no... Buenas tardes...



Los Pelayos: PePe Pelayo y Alex Pelayo.

Cuentos de Ada está publicado por Editorial Alfaguara (Buenos Aires, 2010) en su colección *Alfaguara Infantil (Serie Morada)*. Imaginaria agradece a María Fernanda Maquiera y Cecilia Criscuolo —del Departamento de Literatura Infantil y Juvenil de Alfaguara Argentina— la autorización y facilidades proporcionadas para la reproducción de estos textos e ilustraciones.

UN CUENTO DE AMOR Y AMISTAD

Pablo, el que hacía caca en un establo, le dijo a Inés, la de la caca al revés, si quería jugar con él y con Rubén, que hacía caca en un tren. Inés estaba con Sofía, la que hacía caca todo el día, y le contestó que no. Pablo, el de la caca para el diablo, se enojó.

Justo pasaba por ahí, la maestra Teresa que hacía caca con frambuesa, y le dijo:

Pablo, el que hace caca cuando le hablo, no le digas así a Inés, la de la caca de pez. Mejor vete a jugar con Luis, el de la caca y el pis, o con Gustavo, el de la caca por centavo.

Pablo le contestó:

Señorita Teresa, que hace caca con destreza, lo que pasa es que ellas, las que hacen caca tan bella, nunca quieren jugar con nosotros, que hacemos caca con otros. Las invitamos y no quieren y a nuestra caca la hieren.

La maestra Teresa, que hacía caca en una mesa, miró con mucho cariño a Pablo, el que hacía caca en un vocablo, y le preguntó:

¡Ay tesoro, el que hace caca de loro! ¿No será que estás enamorado de ellas, que hacen caca con estrellas?

Justo llegaba Tomás, al que la cada das, y cuando oyó eso le dijo a la señorita, que hacia caca tan finita:

Es verdad maestra, la que la caca le cuesta, él está muy enamorado de Sofía, la de la caca en las vías...

Y Pablo, que no estaba enamorado sino muy enamoradísimo, se puso colorado de enojo y les contestó:

¡No es cierto! ¡Y tú, Tomás tomalosa, que hace la caca en Formosa, tú gustas de Inés, que hace una caca por vez!

¡Mentiroso! ¡Mira, Pablo pableta, que hace caca en bicicleta, mejor te callas!

La señorita Teresa, que tenía caca en la cabeza, los miró y les dijo:

Pablo Pablito, caca de pajarito, y Tomás Tomasito, caca de perrito, ustedes son amigos y no tienen que pelearse ni por la caca enojarse. Por ahora vayan a jugar entre ustedes, que ya va a llegar el día en que esas niñas, con la caca en trensiñas, los buscarán para jugar.

Pablo y Tomás, salieron corriendo abrazados, haciendo caca de parados, y se olvidaron de preguntar si trensiñas quiere decir algo o nada más lo inventó la señorita haciendo caca con palabritas.

Luis María Pescetti

CARTAS A PAPÁ NOEL

Hola, Papá Noel, soy Clara.

Te quiero mucho. Hoy fuimos a la playa y tomamos un helado. Tengo seis años. En patín jugué al jockey y ningún día lo había jugado con palo para que no nos lastimáramos. Ahora patino bien y el siete de diciembre va a haber una clase para que los padres vean que no nos lastimamos, pero vos no podés venir porque sos papá pero Noel, que es distinto. Pero a lo mejor si querés vení lo mismo total en la entrada nunca se fijan. Te pido un max steel, un disfraz de doctora verde, lapiceras de color verde oscuro y claro, violeta oscuro y claro, celeste, azul oscuro, un juguete de las Chicas Superpoderosas, una Barbie con vestido de casamiento, una estrellita, una luna, un sol, una flor, un árbol con naranjas, una nube, una piedra, un pez, un ángel, una vaca, una abeja, un abanico y un acordeón.

Te mando un beso, Clara

Querida Clara: en este momento no tengo patines ni hockey.

Lo lamento. ¿Te gustaría pedir otros regalos?

Afectuosamente, Papá Noel

Querido Papá Noel: nada que ver. Tenés que leer bien las cartas. Lo del hockey con patines es algo que hice; mi pedido era lo otro. Y de paso quiero cambiar el disfraz de doctora verde. Que sea uno de verdad, blanco. La piedra no, porque ayer encontré una. Mejor traeme más estrellitas.

Te mando otro beso, chau,
Clara

Querida Clara: te pido disculpas por la confusión, y te agradeceré que repitas el pedido porque las cartas que contesto se archivan en otra parte y no tengo la tuya a mano. Espero que puedas hacerlo pronto. Se acercan las fechas en las que preparamos los regalos, ¡y estamos ansiosos por complacerte!

Afectuosamente, Papá Noel

Papá Noel: ¿qué les pasa ahí? Te había pedido un disfraz de doctora verde, el disfraz, no la doctora; pero después te dije mejor blanco y de una de verdad. Después también te pedía estrellitas y algún juguete de las Chicas Superpoderosas, lápices de muchos colores, pero blancos no, una vaca, abejas, un abanico, una bicicleta. No me acuerdo del todo, porque la carta se las mandé y era larga ¡y

ustedes la perdieron! ¿No la pueden buscar mejor? Me acuerdo de la Barbie para casamiento y un árbol con naranjas. ¡No pierdan ésta también! Ah, y un piano.

Bueno, chau, Clara

Querida Clara: soy la secretaria de Papá Noel. Me pide que te avise que encontramos tu primera carta. ¡Qué buena noticia, ¿verdad?! Rueda que lo disculpes por no responderte personalmente pero a la locura de trabajo que tenemos siempre en octubre, preparando los regalos, se sumó una descompostura en uno de los renos a raíz de una modificación en su alimentación. Cambiamos de veterinario por problemas de presupuesto pero, como siempre, lo barato sale caro y el nuevo les dio una dieta que los puso fatales. Ya regresamos con el anterior, pero este lamentable incidente nos consumió una increíble cantidad de tiempo. De todos modos, Papá Noel me pide que te transmita la seguridad de que todos tus regalos estarán listos a tiempo. Sólo una pregunta: lo que pediste en las dos cartas no coincide exactamente, ¿cuál te complacería que atendamos?

Afectuosamente, Esther Noel

Queridos Esther, Papá Noel, el Reno o la rueda del trineo, o quien quiera que sea que lea esta carta y me la conteste: ¡Ni me acuerdo si eran diferentes las dos cartas! Traigan todo y listo, qué sé yo. O las mismas cosas que pido en las dos. Lo que más me importa es el disfraz de médica de verdad, blanco, y la Barbie de casamiento. Ah, y la estrellita, el acordeón, la planta de naranjas y libros.

Pónganse las pilas, Clara

Querida Clara: soy la secretaria personal de Esther Noel. Ella me pide que la disculpes por no contestar personalmente tu correo. Está atendiendo a Papá Noel quien sufrió un pequeño accidente, nada grave, una caída que le produjo una leve torcedura en un pie. Él mismo insistió en que te hagamos saber que está bien, que no debes asustarte; el médico le aseguró que en quince días podrá apoyar el pie de manera normal, y que todas las placas muestran que la lesión no reviste importancia. No debes preocuparte, a todos pueden ocurrirnos estos pequeños accidentes.

Afectuosamente, Silvia Noel

¿Y mis regalos? ¿Ya eligieron de las dos cartas?

Clara

Querida Clara: soy Esther, nuevamente. Estamos muy felices. ¡Nuestro querido Papá Noel ya se encuentra repuesto! Mandó decirte que tu pedido está completo y embarcado. Esperamos que seas muy feliz con esas cosas tan bellas que pediste. Has de ser una niña muy especial para haber hecho una solicitud tan hermosa. Te ruego que sepas disculpar los inconvenientes que ya superamos.

Un afectuoso abrazo, Esther Noel

Queridos Papá Noel, y tu secretaria y la secretaria de tu secretaria y el reno con diarrea: les escribo esta carta después de abrir los regalos. Muchas gracias por el elefante de porcelana blanco, es muy práctico, y sobre todo tan bonito. Los videos de carreras de coches son sumamente interesantes. ¡Con el álbum de figuritas del fútbol español aprendí cosas importantes! Qué bueno que conseguiste el disfraz verde de doctora que te había pedido en mi primera carta y que después cambié de opinión. Y ese cenicero con forma de ajedrez, también muy lindo. El Power Ranger rojo es muy parecido a la Barbie de casamiento. Los borceguíes de alta montaña, aprovechando que eran número cuarenta y tres, se los regalé a mi tío Alberto.

Con profundas emociones, Clara

Luis María Pescetti

POBRECITO EL COCODRILO

La rabia del tigre venía de lejos, de muchos días en que las cosas le salieron mal. Lo había engañado un zorro, lo había engañado un mono, lo había engañado un quirquincho, lo había engañado un conejo.

Las cosas no podían seguir así. Por algo él era el más fuerte, y el más generoso, y el más Inteligente... Bueno, digamos el más grandote,

— Y le voy a poner remedio a esta situación —bramó.

— ¡Bravo, bravo! —coreó un grupo de sapos que quería quedar bien con el tigre.

—Y me voy a comer a todos los que tengan patas largas...

— ¡Muy bien, muy bien! —gritaron alborotados los sapos
—Y después me comeré a todos los cogotudos.
—¡Bravo, bravo, muy bien, muy bien!
—Y después a todos los que tengan caparazón...
—¡Hurra, hurra! —siguió el coro de sapos.
—Y después a todos los que tengan plumas...
—¡Bien hecho, bien hecho!—gritaron con más fuerza.
—Y después a todos los que tengan boca grande... Aquí, todos se callaron. Hasta que el sapo que dirigía la orquesta, frunciendo la boca para disimular, se animó y dijo:
—¡Pubricitu el cucudrilu!

Versión de Gustavo Roldán

LAS HUELLAS DEL TATÚ. Gustavo Roldán

El sol era como un fuego redondo y amarillo. Sólo las iguanas se animaban a salir a pasear, mientras los otros animales se quedaban bajo los árboles buscando el lugar más fresco.

—Hasta conversar me da calor —dijo el coatí.

—Este sol nos va a borrar las huellas —dijo el conejo.

—¿Huellas? —dijo la lechuza—. El que siempre hablaba de huellas era el tigre. Miraba una huella y decía: "Por aquí pasó una vizcacha cara blanca, iba apurada y preocupada y recién acababa de almorzar". O decía: "Hace un ratito nomás pasó al trote un ñandú con un pajarito cantor en el lomo".

—¡Qué habilidad! ¿Y le acertaba siempre?

—¿Siempre? Ni una sola vez. Pero quién le iba a discutir si era el tigre.

El coatí mostró unas marcas al lado de un árbol y dijo:

—Esta mañana pasó un amigo y estuvimos juntos un rato. Aquí quedaron sus pisadas. ¿Alguno se anima a decir de quién son?

Todos miraron y miraron. Estudiaron las huellas una y otra vez. Pero nada. Sólo veían un poco de tierra removida y alguna ramita quebrada.

¿Quién habría pasado?

El único que no se acercó fue el sapo. Se quedó mordiéndose un pastito, como si no le importara.

—Y usted, don sapo —dijo el mono—, ¿no se anima a descubrir quién pasó por aquí?

—Y... —dijo el sapo—, como animarme, me animo.

—¿Usted sabe de huellas, don sapo? —preguntó el coatí.

—Ja —dijo el sapo—, no es por presumir, pero este sapo no estaría aquí si no supiera de esas cosas.

Se acercó sin apuro, y todos los bichos se apartaron haciendo un círculo alrededor de las huellas. El sapo las miró, dio una vuelta y se quedó pensativo.

—¿Y, don sapo? —dijo el mono—, ¿puede leer en esas huellas?

—Ja —dijo el sapo—, como en un libro cerrado.

—Abierto, don sapo.

—No, m'hijo, cerrado. Total, no sé leer en los libros.

—¿Qué dicen las huellas?

—Como decir, no dicen nada, porque no saben hablar.

—¿Entonces no sabe quién pasó?

—Eso es otra cosa. Miren, por aquí pasó un tatú que rengueaba de la pata izquierda. Iba comiendo una naranja, tenía un lunar en la oreja y una mariposa en el lomo.

—Sí, sí, don sapo. Así era —dijo el coatí.

—No se apure, m'hijo, que todavía falta. Aquí se paró y se rascó la panza.

—¡Eso es magia, don sapo! ¡Qué sabiduría para leer huellas! —dijeron todos admirados.

—No se apuren, no se apuren. Era un tatú gordito y estaba muy contento. Después se fue silbando un chamamé. Sin duda era un tatú enamorado que iba a visitar a su novia que lo esperaba al lado del río.

—Sí, sí, don sapo. Todo eso es cierto —dijo el coatí—. Yo charlé un ratito con el tatú y me contó todo eso.

Los animales lo miraban con los ojos muy abiertos. Ya se habían olvidado del sol, que era como un fuego amarillo y redondo. Sólo pensaban en la habilidad del sapo.

—Ja —dijo el sapo mordisqueando un palito de costado—. Si sabrá de huellas este sapo.

Y se fue a sentar a la mejor sombra, pensando en las ventajas de ser chiquito y poder quedarse entre los yuyos escuchando conversaciones sin que nadie se dé cuenta.

Gustavo Roldán

EL VUELO DEL SAPO

—Lo que más me gusta es volar —dijo el sapo.

Los pájaros dejaron de cantar.

Las mariposas plegaron las alas y se quedaron pegadas a las flores.

El yacaré abrió la boca como para tragar toda el agua del río.

El coatí se quedó con una pata en el aire, a medio dar un paso. El piojo, la pulga y el bicho colorado, arriba de la cabeza del ñandú, se miraron sin decir nada. Pero abriendo muy grandes los ojos.

El yaguararé, que estaba a punto de rugir con el rugido negro, ese que hace que deje de llover, se lo tragó y apenas fue un suspiro.

El sapo dio dos saltos para el lado del río, mirando hacia donde iba bajando el sol, y dijo: —Y ahora mismo me voy a dar el gusto.

—¿Está por volar? —preguntó el piojo.

—Los gustos hay que dárselos en vida, amigo piojo. Y hacía mucho que no tenía tantas ganas de volar.

Un pichón de pájaro carpintero se asomó desde un hueco del jacarandá:

—Don sapo, ¿es lindo volar? Yo estoy esperando que me crezcan las plumas y tengo unas ganas que no doy más. ¿Usted me podría enseñar?

—Va a ser un gusto para mí. Y mejor si lo hacemos juntos con tu papá, que es el mejor volador.

—Sí, mi papá vuela muy lindo. Me gusta verlo volar. Y picotear los troncos. Cuando sea grande quiero volar como él, y como usted, don sapo.

El piojo miraba y comenzaba a entender.

El yacaré seguía con la boca abierta.

El tordo y la calandria se miraron y decidieron que era hora de intervenir.

—Don sapo —dijo el tordo—, ¿se acuerda de cuando jugamos a quién vuela más alto?

—Ustedes me ganaron —dijo la calandria— porque me distraje cantando una hermosa canción, pero otro día podemos jugar de nuevo.

—Cuando quiera —dijo el sapo—, jugando todos estamos contentos, y no importa quién gane. Lo importante es volar.

—Yo también —se oyó una voz que venía llegando—, yo también quiero volar con ustedes.

—Amigo tatú —saludó el sapo—, qué buena idea.

—Pero no se olvide de que no me gusta volar de noche. Usted sabe que no veo bien en la oscuridad.

—Le prometo que jamás volaremos de noche —dijo el sapo.

La pata del coatí ya parecía tocar un tambor del ruido que hacía subiendo y bajando.

El yacaré cerró los ojos pero siguió con la boca abierta.

Los ojos de la pulga y el bicho colorado eran como una cueva de soledad. Cada vez entendían menos.

El sapo sonrió aliviado.

El tordo y la calandria le habían dado los mejores argumentos de la historia, y ahora el tatú le traía la solución final, ya que el sol se acercaba a la punta del río.

—¿Se acuerda, amigo sapo —siguió el tatú—, cuando volábamos para provocarlo al puma y después escapar?

—¿Así fue? Yo había pensado que el puma era el que escapaba.

—No exageremos, van a pensar que somos unos mentirosos.

—¡Y qué otra cosa se puede pensar! —dijo la lechuza, que había estado escuchando todo.

—Gracias —dijo el sapo en voz baja, como para que lo escucharan solamente sus patas. Eso era lo que estaba esperando. Alguien con quien discutir y hacer pasar el tiempo.

—En todo el monte chaqueño no hay mentirosos más grandes —siguió la lechuza—. Y ustedes, bichos ignorantes, no les sigan el juego a estos dos.

—¿Cuándo dije una mentira? —preguntó el sapo.

—¿Quiere que hable? ¿Quiere que le diga?

—Hable nomás —dijo el sapo, contento porque la lechuza lo estaba ayudando a salir del aprieto.

—Mintió cuando dijo que los sapos hicieron el arco iris. Mintió cuando dijo que hicieron los mares y las montañas. Cuando dijo que la tierra era plana. Cuando dijo que los puntos cardinales eran siete. Cuando dijo que era domador de tigres. ¿Quiere más? ¿No le alcanza con esto?

El sapo escuchaba atentamente y pensaba para qué lado convendría llevar la discusión.

—Me sorprende su buena memoria, doña lechuza. Ni yo me acordaba de esas historias.

—Y yo me acuerdo de otra historia, don sapo, esa de cuando usted inventó el lazo atando un montón de víboras —dijo el piojo.

—Otra mentira más grande todavía —rezongó la lechuza—, miren si un sapo va a vencer a un montón de víboras.

Los ojitos del piojo brillaron de picardía.

—Pero yo lo vi. Era una tarde en que el sol quemaba la tierra y las lagartijas caminaban en puntas de pie. Yo vi todo desde la cabeza del ñandú, ahí arriba, de donde se ve más lejos.

—Piojito, sos tan mentiroso como el sapo y nadie te va a creer. Es mejor que se vayan de este monte ya mismo. Y que no vuelvan nunca más.

—Ahora que me acuerdo, yo sé un poema que aprendí dando la vuelta al mundo —dijo el bicho colorado—. Dice así:

De los bichos que vuelan
Me gusta el sapo
porque es alto y bajito
gordito y flaco

—¡Qué hermoso poema! —dijo el pichón de pájaro carpintero—. Cuando sea grande yo quiero hacer poemas tan hermoso como ése.

–Doña Lechuza –dijo la pulga–, estas acusaciones son muy graves y tenemos que darles una solución.

–Hay que decidir si el sapo es un mentiroso o un buen contador de cuentos –propuso el yacaré.

–Eso es muy fácil –opinó el coatí–, los que crean que el sapo es mentiroso digan sí. Los que crean que no es mentiroso digan no. Y listo.

–Y si se decide que es un mentiroso se tiene que ir de este monte –dijo la lechuza.

–Claro –opinó la pulga–. Si es un mentiroso se tiene que ir.

–Aquí no queremos mentirosos –dijo el yacaré.

–Yo mismo me encargaré de echar al que diga mentiras. O lo trago de un solo bocado –dijo el yaguareté.

–Eso sí que no –protestó el yacaré–. Tragarlo de un solo bocado es trabajo mío.

–Dejen que le clave los colmillos –dijo el puma, que recién llegaba–. Odio a los mentirosos.

–Bueno –dijo la lechuza–, los que opinen que el sapo es un mentiroso, ya mismo digan "sí".

En el monte se hizo un silencio como para oír el suspiro de una mariposa.

Después se oyó un SÍ, fuerte, claro, terminante y arrasador. Un SÍ como para hacer temblar a todos los árboles del monte.

Pero uno solo.

La lechuza giro la cabeza para aquí y para allá. Pero el SÍ terminante y arrasador seguía siendo uno solo. El de ella.

Y entonces oyó un NO del yacaré, del piojo, de la pulga, del puma, de todos los pájaros, del yaguareté y de mil animales más.

El NO se oyó como un rugido, como una música, como un viento, como el perfume de las flores y el temblor de las alas de las mariposas.

Era un NO salvaje que hacía mover las hojas de los árboles y formaba olas enloquecidas en el río.

La cabeza de la lechuza seguía girando para un lado y para el otro. Había creído que esta vez iba a ganarle al sapo, y de golpe todos sus planes se escapaban como un palito por el río. Pero rápidamente se dio cuenta de que todavía tenía una oportunidad. Y no había que desperdiciarla. Ahora sí que lo tenía agarrado: el sapo había dicho que iba a volar.

Mientras tanto, todos los animales festejaban el triunfo del sapo a los gritos. Tanto gritaron que apenas se oyó el chasquido que hizo el sol cuando se zambulló en la punta del río. Pero el tatú, que estaba atento, dijo:

–¡Qué mala suerte! ¡Qué mala suerte! Se nos hizo de noche y ahora no podremos volar.

–Yo tampoco quiero volar de noche –dijo el tordo–. A los tordos no nos gusta volar en la oscuridad.

–Los cardenales tampoco volamos de noche –dijo el cardenal.

–De noche solamente vuelan las lechuzas y los murciélagos –dijeron los pájaros.

–Será otro día, don sapo –cantó la calandria–. Lo siento mucho, pero no fue culpa nuestra. Esa lechuza nos hizo perder tiempo con sus tonteras. ¿Usted no se ofende?

El sapo miró a la lechuza, que seguía girando la cabeza para un lado y para el otro, sin saber qué decir. Después miró a la calandria, y dijo:

–Siempre hay bichos que atraen la mala suerte. Pero no importa, ya que no podemos volar, ¿qué les parece si les cuento la historia de cuando viajé hasta donde cae el sol y se apaga en el río?

“El vuelo del sapo” de Gustavo Roldán. En El vuelo del sapo. Alfaguara juvenil. 2005. ©Gustavo Roldán

23^{oct}2012

Cuento: “SOBRE NOMBRES” de Silvia Schujer



Las cosas andaban muy mal.

Porque Ana decía que su nombre era muy corto. Y, para colmo, capicúa.

Y Ángel vivía furioso pensando que con ese apelativo sólo podía ser bueno, lo que para toda una vida era mucho.

Y Domingo estaba harto de que en todas partes, su nombre apareciera escrito en rojo.

Y Soledad opinaba que su falta de amigos era culpa de llamarse así.

Y Bárbara, la pobre, era tan tímida que cuando decía “soy Barbará”, ni su mamá le creía.

Y Maximiliano Federico estaba enamorado de Enriqueta Jorgelina, pero tardaba tanto en hacer un corazón con los nombres que abandonaba en el intento mucho antes de empezar.

Y Rosa ya no soportaba que la llamaran clavel. Tanto peor para Jacinto Floreal, a quien los graciosos llamaban Nomeolvides. O Jazmín.

Elsa ya se había acostumbrado a ser Elsa-po. Pero Elena no quería que la llamen Elena-no.

Las cosas andaban muy mal. Nadie en el barrio estaba conforme con el nombre que le había tocado en suerte y, quien más quien menos, la mayoría se lo quería cambiar por otro.

El Intendente abrió un gran libro de quejas para que los vecinos explicaran su problema por escrito.

Se supo así del sufrimiento de Tomás, a quien todos preguntaban “¿Qué Tomás?”. Se aclararon las rabetas de Remedios, a quien todos conocían por Dolores. Hubo noticias de las penurias de una tía Angustias. En fin....

Irineo Hermenegildo Pérez, poeta, hombre de luces, pensó en el problema como cuarenta y ocho minutos seguidos hasta que de pronto tuvo una idea.

Reunió cientos de vecinos disconformes en la plaza y les propuso entrevistarse públicamente con cada uno.

-A ver, Ana- empezó diciéndole a la chica-. ¿Qué nombre querrías tener?

-Zulema – le dijo ella.

-¿Zulema? ¿Cara de flan con crema?

-Bueno... Mejor sería María.

-¿María? ¿La de la barriga fría?

-¡Espere!... Prefiero llamarme Romina.

-¡Romina ¡¡¡Cachetes de mandarina!!!

-¡Basta!- dijo la nena y volvió a mezclarse con los demás.

Porque la gente que se había reunido en la plaza, primero empezó a reírse con disimulo, pero al rato las carcajadas se escuchaban hasta el Obelisco.

Eso sí. Con lo que habían presenciado, decidieron quedarse con el nombre que tenían. Nunca les pareció más hermoso.

(El monumento encantado. Buenos Aires, Sudamericana. Pan Flauta)

14_{oct2012}

Cuento: La H pide la palabra. (Fabián Sevilla)



La letra H está harta de ser silenciosa y sale a buscar un sonido. Pero, durante su viaje, descubrirá algo muy importante...

El Congreso Anual de Vocales y Consonantes se desarrollaba con tranquilidad, cuando la H estiró una mano para pedir la palabra.

—Te escuchamos —le dijo la T, que presidía el encuentro.

La H carraspeó y, sin timidez, expuso:
—¡Estoy harta de ser silenciosa! ¡Quiero sonar!

El alboroto alfabético que se armó fue tremendo. La T llamó al orden y pidió a la H que se explicara mejor.

—Y... sí. Todas tienen sonido. Yo, nada. Chicas, aparezco en palabras tan importantes como “hijo”, “hogar” e incluso “hablar”, pero la gente ni me pronuncia y son pocos los que se acuerdan de mí y me utilizan al escribir. ¡Exijo mi derecho a sonar! Aunque sea parecido a otra letra.

—¿Y yo, qué? Sueno a U o a V. Si estaré en treinta palabras es mucho. Y no me quejo —le retrucó la W.

—No sabés el dilema que es compartir un sonido con otras —dijo la Q mirando de reojo a la C y la K, que asentían con las cabezas.

—A mí me pasa lo mismo. Encima somos víctimas de los horrores de ortografía —agregó la Z que compartía un triste destino con la S y la C.

—¡Yo, en minúscula, tengo punto como la J y no me hago tanto drama! —agregó la I—. Aunque confieso que es injusto que la U a veces se dé el lujo de tener dos y se las tira de ser otra letra.

—Tenés dos patas y dos brazos. Yo no puedo decir lo mismo —le gritó la M que vivía renegando por su parecido con la N y la Ñ, que además tenía sombrerito.

La H seguía emperrada.

—No me importa. Necesito un sonido que me dé personalidad. Dependo del lápiz o la lapicera y eso no es vida. ¿A quién le gusta depender de otro?

El resto del abecedario se miró. Algo de razón tenía. La T volvió a tomar el control.

—¿Qué sonido se te ocurre, querida?

—No sé, me gusta el de la F...

—Ah, no, yo no cedo nada —se excusó la F que ya había batallado con la H por el derecho de la palabra “fierro”, entre otras.

—También me gusta el de la V.

—¿La alta o la petisa?

—La de “vaca” —respondió la H.

—Te entendemos, pero ninguna puede cederte su sonido. Se me ocurre que tendrás que salir a buscarte uno propio —sugirió la D, muy comprensiva.

A la T, la propuesta le pareció aceptable.

—Eso, tenés un año, hasta el próximo congreso, para encontrar un sonido para sonar.

Todas estuvieron de acuerdo. La H fue a su casa, armó las valijas y partió a buscar lo que tanto quería. Se le ocurrió que el viento podría prestarle alguno de sus tantos sonidos. Con bufanda, guantecitos y pasamontaña viajó al Polo Sur, donde el viento tiene su residencia de invierno. Luego de explicarle, el tipo le dijo que encantado, pero no le convenía.

—Si te cedo algún sonido, cuanto te pronuncien van a volar sombreros, papeles, hasta techos. La gente evitará usarte.

A la H le pareció razonable. Se fue a hablar con el mar.

En malla, ojotas y lentes oscuros, llegó a la playa. Bajo una sombrilla escuchó cómo el mar la convencía de lo poco conveniente de sonar como un choque contra las rocas, un tifón o un maremoto.

—Cada vez que te usen cundirá el pánico.

A la H le sonó coherente. Se fue a ver a las aves. Los pájaros le explicaron que ellos vivían cantando y eso no era apropiado para una letra.

—Imaginate los tímidos. ¿Y los que desafinan? —le dijo un canario— ¿Quién va a usar una letra que suena a cacareo de gallina o graznido de cuervo?

Tenía razón. Así como los animales de la selva, el desierto y la montaña. A los del fondo del mar ni los consultó. El fuego, la música, los insectos hasta las máquinas también lograron convencerla con sus argumentos.

Así, yendo y viniendo, pasó un año. La H seguía sin sonar. Frustrada, se sentó en un paraje solitario y lloró. Entonces, sintió un zumbido que no sonaba pero estaba. Era el silencio. Ni se le había pasado por la cabeza consultarlo. A decir verdad, como causante de su dolor, no podía ni verlo... ni escucharlo.

Al notarla tan decaída, el silencio hizo lo que nunca: habló.

—Yo me sentiría orgullosa de ser silenciosa. No es un defecto, es una virtud.

—Habría que preguntarle a un mudo si piensa lo mismo —le reclamó la H con agresividad.

—Que no suenes no quiere decir que no existas —insistió el otro—. El sol brilla en silencio y a nadie le es indiferente. Las estrellas van y vienen calladitas. ¿Y alguien las olvida? Las flores y las plantas crecen sin conversar. Los artistas crean en silencio y muchas, muchísimas veces, es mejor callarse que decir algo. En silencio se piensa, se ama, se madura, se lee. Los colores y los perfumes no necesitan sonar. A nadie mata el silencio. Es más, detrás de mí hay un universo de emociones y sentimientos que se expresan sin decir ni mu... El silencio es una puerta o una ventana. No es mudo, querida —dijo y se calló.

La H pensó bastante en eso y cuando estuvo nuevamente frente a sus pares alfabéticas, les repitió esos argumentos y comunicó su decisión de seguir sin sonido.

—El silencio significa muchas cosas. Tanto como las palabras —concluyó.

Las otras letras chillaron, gritaron, pero la H no dijo más nada. Solo cuando todas se miraron, en silencio, comprendieron.

Visto y leído en:

© Red Escolar, México 2009

Autor del cuento: Fabián Sevilla. Mendocino y periodista, historiador, escritor, director y productor de teatro para niños y adultos.

Ilustración: ©Comunicación visual

FIESTITA CON ANIMACIÓN. Ana María Shua

Las luces estaban apagadas y los altoparlantes funcionaban a todo volumen.

–¡Todos a saltar en un pie! –gritaba atronadoramente una de las animadoras, disfrazada de ratón. Y los chicos, como autómatas enloquecidos, saltaban ferozmente en un pie.

–Ahora, ¡todos en pareja para el concurso de baile! Cada vez que pare la música, uno abre las piernas y el otro tiene que pasar por abajo del puente. ¡Hay premios para los ganadores!

Excitados por la potencia del sonido y por las luces estroboscópicas, los chicos obedecían, sin embargo, las consignas de las animadoras, moviéndose al ritmo pesado y monótono de la música en un frenesí colectivo.

–Cómo se divierten, qué piolas que son.

¿Te acordás qué bobitos éramos nosotros a los siete años? –le preguntó, sonriente, el padre de la cumpleañera a la mamá de uno de los invitados, gritándole al oído para hacerse escuchar.

–Y qué querés... Nosotros no teníamos televisión: tienen otro nivel de información –le contestó la señora, sin muchas esperanzas de que su comentario fuera oído.

No habían visto que Silvita, la homenajeadada, se las había arreglado para atravesar la loca confusión y estaba hablando con otra de las animadoras, disfrazada de conejo. Se encendieron las luces.

–Silvita quiere mostrarnos a todos un truco de magia –dijo Conejito–, ¡Va a hacer desaparecer a una persona!

–¿A quién querés hacer desaparecer? –preguntó Ratón.

–A mi hermanita –dijo Silvia, decidida, hablando por el micrófono.

Carolina, una chiquita de cinco años, preciosa con su vestidito rosa, pasó al frente sin timidez. Era evidente que habían practicado el truco antes de la fiesta, porque dejó que su hermana la metiera debajo de la mesa y estirara el borde del mantel hasta hacerlo llegar al suelo, volcando un vaso de Coca Cola y amenazando con hacer caer todo lo demás. Conejito pidió un trapo y la mucama vino corriendo a limpiar el estropicio.

–¡Abracadabra la puerta se abra y ya está! –dijo Silvita.

Y cuando levantaron el mantel, Carolina ya no estaba debajo de la mesa. A los chicos el truco no los impresionó: estaban cansados y querían que se apagaran las velitas para comerse los adornos de azúcar de la torta. Pero los grandes se quedaron sinceramente asombrados. Los padres de Silvia la miraban con orgullo.

–Ahora hacela aparecer otra vez –dijo Ratón.

–No sé cómo se hace –dijo Silvita–. El truco lo aprendí en la tele y en la parte de aparecer papi me cambió de canal porque quería ver el partido.

Todos se rieron y Ratón se metió debajo de la mesa para sacar a Carolina. Pero Carolina no estaba. La buscaron en la cocina y en el baño de arriba, debajo de los sillones, detrás de la biblioteca. La buscaron metódicamente, revisando todo el piso de arriba, palmo a palmo, sin encontrarla.

–¿Dónde está Carolina, Silvita? –preguntó la madre, un poco preocupada.

–¡Desapareció! –dijo Silvia–. Y ahora quiero apagar las velitas.
El muñequito de chocolate me lo como yo.

El departamento era un dúplex. El papá de las nenas había estado parado cerca de la escalera durante todo el truco y nadie podría haber bajado por allí sin que él lo viera. Sin embargo, siguieron la búsqueda en el piso de abajo. Pero Carolina no estaba.

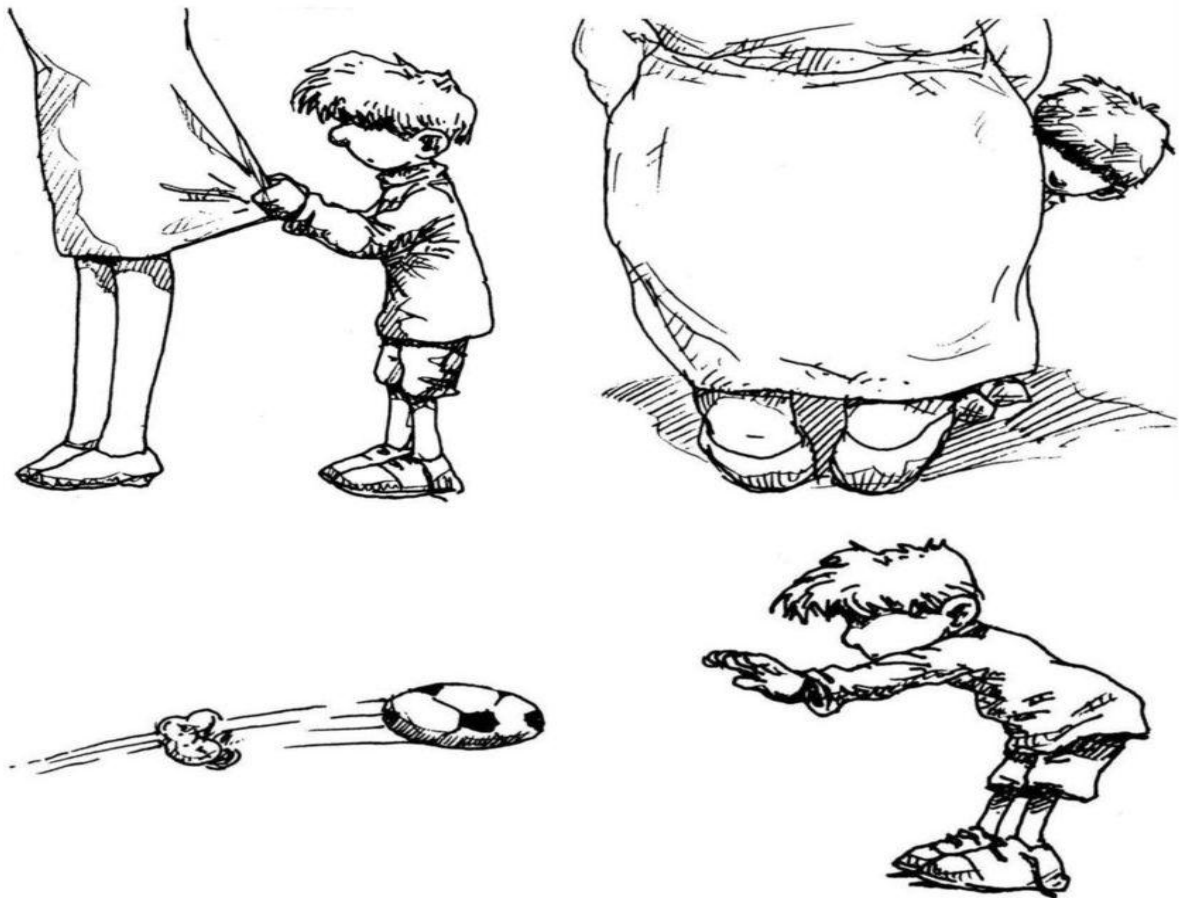
A las diez de la noche, cuando hacía ya mucho tiempo que se había ido el último invitado y todos los rincones de la casa habían sido revisados varias veces, dieron parte a la policía y empezaron a llamar a las comisarías y hospitales.

–Qué tonta fui esa noche –les decía, muchos años después, la señora Silvia, a un grupo de amigas que habían venido a acompañarla en el velorio de su marido–. ¡Con lo bien que me vendría tener una hermana en este trance! –y se echó a llorar otra vez.

“Fiestita con animación” de Ana María Shua
En Viajando se conoce gente.
Editorial Sudamericana
Ministerio de Educación. Unidad de Programas Especiales.
[Plan Lectura 2008](#). República Argentina

2^{NOV}2012

Cuento: POBRECHICO, de Esteban Valentino



Conozco a Pobrechico desde que nació. Al principio no podía ni tocarlo. Mi mamá me había dicho que había que tener mucho cuidado porque esto y porque lo otro. Yo no entendía ni medio lo que me decía mi mamá y quería tocarlo.

Ni siquiera me dejaban acercarme a verlo. Yo me enojaba mucho porque había guardado algunas cosas para él y como me dijeron que iba a tener que esperar un poco para dárselas ahora, había que encontrarles un lugar para que no se perdieran, al menos hasta que Pobrechico dejara la pieza esa toda oscura. Pero ¿dónde se pueden guardar un caracol y seis bichos bolita? Ahora, la verdad, ¿qué mal le podían hacer un caracol y seis bichos bolita?

Ninguno. Caminarle por arriba un poquito. Y eso si no se los toca, porque en cuanto uno

les muestra el dedo los caracoles se meten para adentro y los bichos bolita se enroscan y ya no se les ven más las patas. Está bien que se iban a traer un poco de sol del jardín y mamá no quiere saber nada con sacarlo afuera. Ni que le prenda la lámpara me deja la abuela.

Qué manía ésa de la luz. Como si algo tan lindo pudiera lastimar a alguien. Yo miro a cada rato el velador de mi pieza. Cierro un poco los ojos para que un solo rayo se me venga a la cabeza y entonces pienso que estoy cargando mis superpoderes. Después voy al patio y me tiro de la higuera y a veces me lastimo el pie pero la culpa es de la higuera no del velador. Yo a Pobrechico le prohibiría que subiera a la higuera, que sí es peligrosa y más para él que no la conoce y en una de éstas se cree que todas las ramas pueden sostenerlo. A menos que yo esté con él para poder decirle dónde poner el pie y dónde no.

Pero le abriría la ventana porque el sol es bueno, no como la higuera que a veces lastima los pies.

Con mi mamá no puedo hablar de estas cosas porque está la mayor parte del día encerrada en la pieza oscura con Pobrechico y mi papá apenas llega también se mete allí y yo me tengo que quedar afuera con mi abuela que se la pasa respirando fuerte. Yo entonces me acerco y le tiro de la pollera para que me escuche.

—Abu ¿y si vamos cuando papá no está y mamá duerme y le abrimos la ventana y lo llevamos al patio y yo le enseño a subir a la higuera?

Pero la abuela me revuelve el pelo que después va a ser un lío peinarme y no me dice nada. Como no quiero que siga me voy a jugar con el camión nuevo para cargar al caracol y los bichos bolita así los saco un poco del frasco con agujeros donde los metí porque estar todo el día dentro de un frasco debe ser aburrido y en el camión no tanto porque al menos pasean y se distraen.

Se nota que les gusta. Cuando los vuelvo a meter en el frasco pareciera que les da rabia.

Ahora, lo que me da más bronca son las visitas. La señora de enfrente, por ejemplo, que cada vez que viene no hace más que nombrarlo a Pobrechico y mirarla raro a mi mamá. Se aparece todos los días y meta tomar mate con mi abuela y mirar raro para la puerta de la pieza oscura.

O mi tío Eduardo que antes siempre jugaba conmigo a la pelota y que ahora apenas si me tira unos tiritos al arco tan despacito que me los atajo a todos sin problemas y cuando le protesto me dice que lo que pasa es que si pateo fuerte hace mucho ruido y se puede despertar Pobrechico. Yo entonces me voy a la higuera y mi tío Eduardo se mete en casa respirando fuerte. Una vez le pedí a mi mamá que lo sacáramos al patio para que me viera atajar los pelotazos del tío Eduardo pero mi mamá me miró raro también, como la vecina de enfrente cuando la mira a ella. ¿Será que el viento le hace peor que el sol y yo como no entiendo digo cosas así, peligrosas? Yo no sé, pero cuando sea grande voy a inventar paredes que dejen pasar la parte sana del viento y todo el sol, así Pobrechico puede salir al patio sin que mi mamá me mire como la vecina de enfrente.

Todo siguió más o menos igual. Mi mamá y mi papá encerrados, mi tío sin patearme y mi abuela dale que dale a la respiración. Hasta que fui al almacén y llegué justo que estaban hablando de él. Me di cuenta cuando lo nombraron.

La almacenera le decía a una señora gorda que con la cola me tapaba todo que Pobrechico haber nacido así y la señora gorda que me tapaba decía que pobre la familia y yo que estaba apurado con mi botella de agua mineral y mis cien gramos de queso de máquina supe que me necesitaba y era como si me llamara.

Dejé la bolsa y salí corriendo porque el agua mineral y el queso podían esperar pero él no. La abu estaba en la cocina, mi papá todavía no había llegado y mi mamá cambiaba de lugar los adornos del comedor.

Vía libre. Abrí de a poquito la puerta de su pieza, entré sin hacer ruido y me acerqué lo más despacio que pude hasta el moisés. Me acostumbré en seguida a la oscuridad y al fin lo pude ver. Estaba despierto, mirándome, y me sonrió y yo no me pude aguantar más. Fui corriendo hasta la ventana, la abrí entera y volví para verlo bien.

Ahora cerraba los ojos porque claro el sol con tan poca costumbre que tenía le molestaba. Para que no se pusiera a llorar lo levanté y me senté con él en el piso.

Estuvimos allí lo más panchos y Pobrechico recontento y yo estaba tan distraído que no me di cuenta de que mamá y papá me miraban desde la puerta y di vuelta la cabeza para ver la ventana abierta y menos mal que el caracol y los bichos bolita ya se había metido en el moisés pero al sol no había cómo esconderlo dando vueltas por toda la pieza y mamá y papá miraban con cara de tontos lo lindo que estaba Pobrechico y ellos pobres no se habían dado cuenta con la ventana cerrada y el sol afuera.

“Pobrechico” de Esteban Valentino. En Pahicaplaca, Editorial Sudamericana

© Editorial Sudamericana

Ilustraciones: O'Kif

[Plan Lectura 2008](#)

Colección: “Escritores en escuelas”

Ministerio de Educación. Secretaría de Educación. Unidad de Programas Especiales.

República Argentina, 2008

Publicado por BiBliOpEquE 

Enviar por correo electrónico [Escribe un blog](#) [Compartir con Twitter](#) [Compartir con Facebook](#)

Etiquetas: Cuentos, Esteban Valentino

La vuelta al mundo

Javier Villafañe

Había una vez, un chico que se llamaba Santiago, salió de su casa en un triciclo para dar la vuelta alrededor del mundo.

Iba pedaleando por la vereda y en el camino se encontró con un perro y un gato, que le preguntaron:

-¿A dónde vas, Santiago?

Y Santiago respondió:

-Voy a dar la vuelta alrededor del mundo.

-¿Podemos ir los dos?

-Sí, vengan.

Y el perro y el gato se pusieron detrás del triciclo. Santiago siguió pedaleando y se encontró con un gallo, un conejo y un caracol, y le preguntaron:

-¿A dónde vas, Santiago? Y Santiago respondió:

-Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

-¿Podemos ir los tres?

-Sí, vengan.

Y el gallo, el conejo y el caracol se pusieron detrás del perro y del gato, que iban detrás del triciclo.

Santiago pedaleaba y el triciclo iba a toda velocidad. En el camino, se encontró con una hormiga, una vaca, un grillo y una paloma, y le preguntaron:

-¿A dónde vas, Santiago? Y Santiago respondió:

-Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

-¿Podemos ir los cuatro?

-Sí, vengan.

Y la hormiga, la vaca, el grillo y la paloma se pusieron detrás del gallo, del conejo y del caracol, que iban detrás del perro y del gato.

Santiago pedaleaba y el triciclo iba a toda velocidad. En una curva se encontró con un camello, una tortuga, un caballo, un elefante

y un pingüino, y le preguntaron:

-¿A dónde vas, Santiago? Y Santiago respondió:

-Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

-¿Podemos ir los cinco? -Sí, vengan.

Y el camello, la tortuga, el caballo, el elefante y el pingüino se pusieron detrás de la hormiga, de la vaca, del grillo, de la paloma, del gallo, del conejo y del caracol, que iban detrás del perro y del gato.

[Lengua en 2º](#)

Santiago siguió pedaleando y, de pronto, frenó el triciclo. Se detuvo para ver un charco que había hecho la lluvia y dijo:

-Es un río que está buscando barcos.

Y el perro, el gato, el gallo, el conejo, el caracol, la hormiga, la vaca, el grillo, la paloma, el camello, la tortuga, el caballo, el elefante y el pingüino se detuvieron y miraron el río que había hecho la lluvia. Santiago puso el triciclo en marcha y se encontró con una jirafa, un loro, un cordero, un león, un mono y una cigüeña, y le preguntaron:

-¿A dónde vas, Santiago? Y Santiago respondió:

-Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

-¿Podemos ir los seis? -Sí, vengan.

Y la jirafa, el loro, el cordero, el león, el mono y la cigüeña se pusieron detrás del camello, de la tortuga, del caballo, del elefante, del pingüino, de la hormiga, de la vaca, del grillo, de la paloma, del gallo, el conejo y del caracol que iban detrás del perro y del gato. Santiago siguió pedaleando y frenó el triciclo para ver un molino.

Todos miraron el molino.

-Está quieto -dijo el caballo. No mueve las aspas.

-No mueve las aspas porque no hay viento -dijo el gallo.

-Es inútil-se lamentó la hormiga-. Por más que me ponga en puntas de pie jamás podré ver un molino. Está muy alto.

Y la jirafa le dijo a la hormiga:

-Lo verás subiéndote sobre mi cabeza.

La jirafa inclinó el cuello y apoyó la cabeza a un lado del triciclo.

La hormiga avanzó unos pasos y subió por la frente de la jirafa.

Entonces, la jirafa levantó el cuello, desde lo alto, la hormiga exclamó:

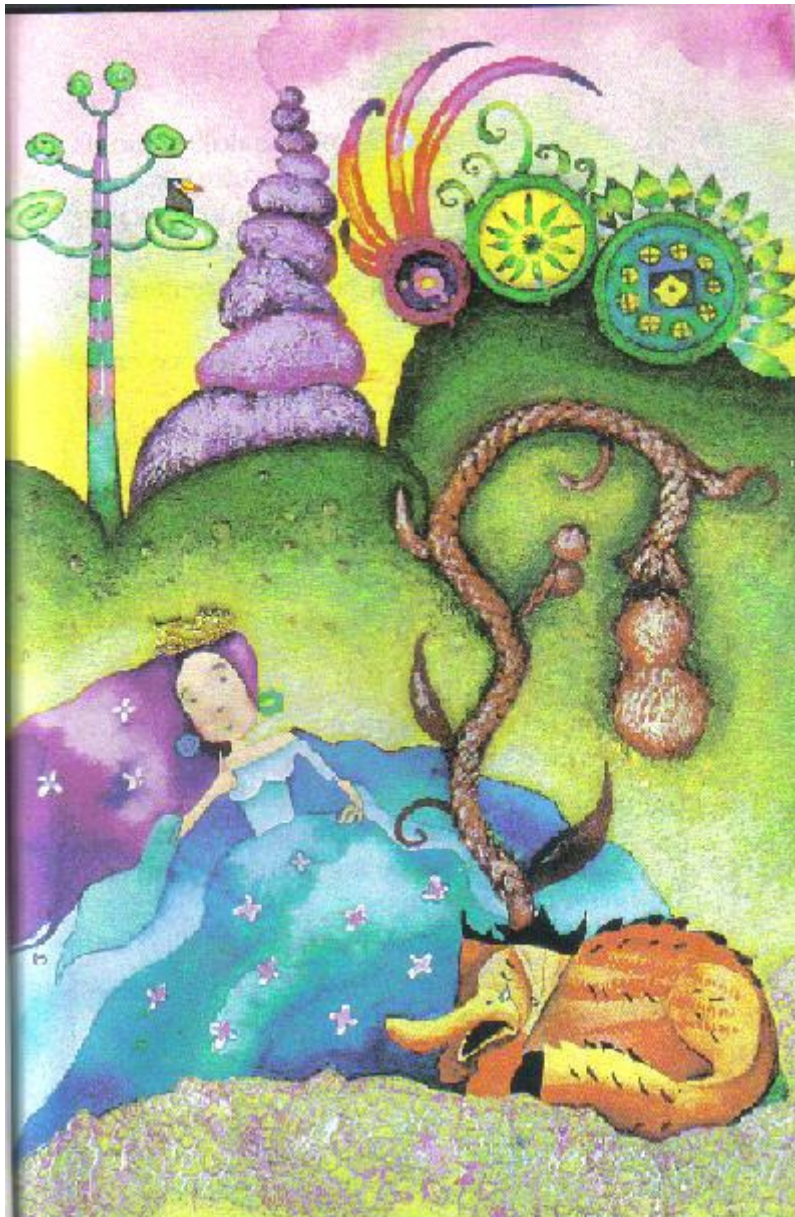
-¡Qué hermoso es un molino! Nunca había visto un molino. La jirafa encogió el cuello, bajó la cabeza al ras del suelo y la hormiga volvió a pisar la tierra. Y cuando la hormiga se puso en fila, detrás de la vaca, Santiago siguió pedaleando, y al llegar a la puerta de su casa frenó el triciclo y dijo:

-Hemos dado la vuelta alrededor del mundo.

Y allí se despidieron. Unos se fueron caminando, otros, volando.

Santiago entró en su casa. Había dado la vuelta alrededor de la manzana.

Y aquí se cuenta la maravillosa historia del Gatopato y la princesa Monilda



Una vez, en el bosque de Gulubú, apareció un Gatopato.

¿Como era?

Bueno, con pico de pato y cola de gato. Con un poco de plumas y otro poco de pelo. Y tenía cuatro patas, pero en las cuatro calzaba zapatones de pato.

¿Y cómo hablaba?

Lunes, miércoles y viernes decía miau.

Martes, jueves y sábados decía cuac.

¿Y los domingos?

Los domingos, el pobre Gatopato se quedaba turulato sin saber qué decir.

Una mañana calurosa tuvo ganas de darse un baño y fue hasta la laguna de Gulubú.

Toda la patería lo recibió indignada.

-¿Que es esto?-decían los patos-, ¿un pato con cola de gato?

Y como era lunes, el Gatopato contestó miau.

¡Imagínense!

¿Se imaginaron?

Los patos se reunieron en patota y le pidieron amablemente que se marchara, porque los gatos suelen dañar a los patitos.

Y el pobre Gatopato se fue muy callado, porque si protestaba le iba a salir otro miau.

Caminó hasta un rincón del bosque donde los gatos estaban en asamblea de ronrón, al solcito.

Y como el Gatopato los saludó diciendo miau, lo dejaron estar un rato con ellos, pero sin dejar de mirarlo fijamente y con desconfianza.

El pobre Gatopato, naturalmente, se sintió muy incomodo entre gente tan distinguida.

Muchos días pasó el pobre Gatopato completamente turulato y llorando a cada rato adentro de un zapato. Hasta que una tarde pasó por el bosque la princesa Monilda, toda vestida de organdí, y lo vio, llorando sin consuelo, a la sombra de un maní.

-¡Qué precioso Gatopato!-dijo la princesa.

-¿De veras te parezco lindo, Princesa?-preguntó el Gatopato ilusionado.

-¿Precioso, ya te dije!-contestó la princesa.

-Sin embargo, aquí en el bosque nadie me quiere-se lamentó el Gatopato.

-Si quieres, yo te puedo querer-le dijo la princesa cariñosa.

-Si, quiero que me quieras-dijo el Gatopato- siempre que tú quieras que yo quiera que me quieras, Princesa.

-Yo sí que quiero que quieras que yo te quiera-respondió la Princesa.

-¡Qué suerte!-dijo Gatopato.

-Hacia años que quería tener un Gatopato en mi palacio-dijo la Princesa.

Y lo alzó delicadamente, le hizo mimos y se lo llevó al palacio, donde el Gatopato jugó, trabajó, estudió y finalmente se casó con una sabia Gatapata.

La princesa cuidó a toda la familia Gatipatil, dándoles todos los días una rica papilla de tapioca con crema Chantilly.

Y todos vivieron felices hasta la edad de 99 años y pico.

Y de este modo tan grato

se acaba el cuento del Gatopato.

Martín el Pescador y el Delfín Domador

(María Elena Walsh)

Había una vez un pescador que, como todos los pescadores, se llamaba Martín. Pescaba unos peces que, como todos los peces, andaban haciendo firuletes bajo el agua.

Y el agua era de mar, de un mar que, como todos los mares, estaba lleno de olas.

Unas olas que, como todas las olas, se empujaban unas a otras diciendo patatrún, patatrún, patatrún.

Un día Martín arrojó el anzuelo y, ¡zápate!, sintió que había picado un pez muy grande.

Trató de enrollar el hilo, pero el pez era fuerte y tironeaba como un camión. Tanto, tanto tironeó que arrastró a Martín por la arena de la playa. Pero Martín era muy cabeza dura.

No iba a dejarse pescar así nomás, y mucho menos por un pez. De modo que con una mano se sujetó el gorro y con la otra siguió prendido de su caña.

Cuando Martín quiso acordar, ya estaba metido en el agua, arrastrado a toda velocidad hacia el fondo del mar.

—¡Qué raro!, dijo Martín, yo debería tener miedo, y sin embargo este paseo me gusta... y lo más gracioso es que no me ahogo... Lo que sucede es que, de tanto pescar, estoy “pescadizado” y puedo respirar bajo el agua.

Así pensaba cuando de pronto, ¡zápate!, su vehículo se detuvo en seco. Es decir, no tan en seco porque el mar está siempre bien mojado.

—Parece que hemos llegado, pero ¿adónde?, se preguntaba Martín muerto de curiosidad. Había llegado a una enorme gruta llena de peces de colores que tocaban el saxofón, de langostinos vestidos de payasos, de pulpos con bonete y otras cosas rarísimas y marítimas.

Sobre la gruta había un gran cartel escrito en pescadés, que decía:

“Gran Circo del Delfín Pirulín.”

—¡Esto sí que está bueno!, pensó Martín, ¡un circo en el fondo del mar!

Inmediatamente llegaron un montón de pescadotes y arrastraron a Martín hasta la pista, en el fondo de la gruta.

Y un tiburón vestido de locutor anunció:

—¡Pasen señores, pasen a ver la maravilla del siglo, pasen a ver el fenómeno! ¡Por primera vez, en el fondo del mar, un auténtico Martín Pescador pescado! ¡Pasen, señores, y vean como el gran Delfín Domador Pirulín va a domar a este pescador salvaje!

—Eso sí que no, protestó Martín, yo quiero ver la función pero a mí no me doma nadie.

Los peces pekineses, los langostinos finos, los camarones cimarrones, el pulpo con la señora pulpa y los pulpitos, todos hicieron cola para sacar entradas y ver al fenómeno.

A Martín, claro, no le gustaba que lo miraran con ojos de pez, y forcejeaba para escaparse, pero dos enormes tiburones disfrazados de mamarrachos lo agarraron con sus aletas y no lo dejaron ni respirar, a pesar de que Martín respiraba bastante bien bajo el agua.

Por fin, entre grandes aplausos, entró el Domador, un Delfín gordo como tres buzones, con chaqueta colorada, charreteras de alga y botones de nácar.

Martín ya estaba enfurecido, y el Delfín se disponía a domarlo nada más que con una ballenita para cuellos de camisa, porque en el mar no hay sillas. Y no hay sillas, parece, porque los peces nunca se sientan.

Desfilaban cientos de miles de millones de milloncitos de millonzotes de peces y bicharracos de toda clase para ver el gran número del Circo.

Martín no se dejaba domar así nomás, pero ya se estaba cansando y tenía mucha sed, es decir, ganas de tomar un poco de aire.

Peleaban duro y parejo, y Martín ya iba a darse por vencido cuando de pronto se oyó en el Circo la siguiente palabra mágica:

—¡Pzfchztt!

A pesar de que esta palabra mágica había sido pronunciada muy bajito, su tono fue tan autoritario que el público hizo un silencio impresionante. Las ostras se quedaron con la boca abierta, y todos miraron hacia la entrada.

El Delfín Domador Pirulín se quedó quieto, dejó de domar a Martín, se quitó la gorra e inclinó la cabeza. Martín se preguntó:

—¿Y ahora qué pasa? ¿No me doman más?

Se escuchó otra vez una voz muy suave y chiquita que dijo:

—¡Pzfchztt!

Y todos, silenciosa y respetuosamente, le abrieron paso a la dueña de la voz.

Martín, que era muy educado, también se quitó el gorro y saludó.

Entraba en la gruta, lenta y majestuosa, una Mojarrita con corona de malaquita y collar de coral.

—¿Quién será ésta, que los deja a todos con la boca abierta?, se preguntó Martín.

El Delfín Domador Pirulín le adivinó el pensamiento y le dijo al oído:

—Es Su Majestad Mojarrita V, Reina del Mar, el Agua Fría y el Río Samborombón.

—Ah, comentó Martín, ...me parece cara conocida.

La Reina Mojarrita se acercó a Martín y le dio un besito, ante el asombro y la envidia de todos. Martín se puso colorado y no supo qué pensar de todo esto.

Después de un largo y misterioso silencio, la Reina habló, con una voz tan chiquita que tuvieron que alcanzarle un caracol como micrófono.

Y dijo así:

—¡Pzfchzit! Yo, Mi Majestad Mojarrita V, Reina del Mar, el Agua Fría y el Río Samborombón, ordeno: ¡Basta de domar al Martín Pescador! ¡Basta, requetebasta, y el que lo dome va a parar a la canasta, y el que sea domador va a parar al asador!

—Gracias, Majestad, tartamudeó Martín emocionado.

—¡Pzfchztt!, prosigo, interrumpió la Reina; Martín me pescó una vez, hace un mes o cinco o tres, cuando yo era chiquita y me bañaba en camión en el Río Samborombón.

—Claro, dijo Martín, ya me acuerdo, con razón me resultaba cara conocida, Majestad...

—¡Pzfchztt!, prosigo, interrumpió la Reina; Martín me pescó, pero le di lástima y, sin saber que yo era Princesa, volvió a tirarme al agua. Ahora yo quiero devolverlo a la tierra, y lo enviaré en mi propia carroza lleno de regalos y paquetitos.

Y así fue como Martín volvió a su playa en una gran carroza tirada por 25.000 tiburones disfrazados de bomberos, mientras la banda de langostinos tocaba un vals, las ostras le tiraban perlas y el Delfín Domador Pirulín le hacía grandes reverencias.

Martín volvió a su casa y, como no era mentiroso, todo el mundo creyó en su aventura.

Lo único que no le creyeron del todo fue que Su Majestad Mojarrita V, Reina del Mar, el Agua Fría y el Río Samborombón no sólo le hubiera dado un besito al reconocerlo, sino que le había dado otro besito al despedirlo.

Y así llegamos al fin
de la historia de Martín
con el Delfín Pirulín.

Historia de una Princesa, su papá y el Príncipe Kinoto Fukasuka

(**María Elena Walsh**)

Esta es la historia de una princesa, su papá, una mariposa y el Príncipe Kinoto Fukasuka. Sukimuki era una princesa japonesa. Vivía en la ciudad de Siu Kiu, hace como dos mil años, tres meses y media hora.

En esa época, las princesas todo lo que tenían que hacer era quedarse quietitas. Nada de ayudarle a la mamá a secar los platos. Nada de hacer mandados. Nada de bailar con abanico. Nada de tomar naranjada con pajita. Ni siquiera ir a la escuela. Ni siquiera sonarse la nariz. Ni siquiera pelar una ciruela. Ni siquiera cazar una lombriz. Nada, nada, nada.

Todo lo hacían los sirvientes del palacio: vestirla, peinarla, estornudar por... –atchís–, por ella, abanicarla, pelarle las ciruelas. ¡Cómo se aburría la pobre Sukimuki!

Una tarde estaba, como siempre, sentada en el jardín papando moscas, cuando apareció una enorme Mariposa de todos colores. Y la Mariposa revoloteaba, y la pobre Sukimuki la miraba de reojo porque no le estaba permitido mover la cabeza.

–¡Qué linda mariposapa! –murmuró al fin Sukimuki, en correcto japonés.

Y la Mariposa contestó, también en correctísimo japonés:

–¡Qué linda Princesa! ¡Cómo me gustaría jugar a la mancha con usted, Princesa!

–Nopo puepedopo –le contestó la Princesa en japonés.

–¡Cómo me gustaría a jugar a escondidas, entonces!

–Nopo puepedopo –volvió a responder la Princesa haciendo pucheros.

–¡Cómo me gustaría bailar con usted, Princesa! –insistió la Mariposa.

–Eso tampoco puepedopo –contestó la pobre Princesa.

Y la Mariposa, ya un poco impaciente, le preguntó:

–¿Por qué usted no puede hacer nada?

–Porque mi papá, el Emperador, dice que si una Princesa no se queda quieta, quieta, quieta como una galleta, en el imperio habrá una pataleta.

–¿Y eso por qué? –preguntó la Mariposa.

–Porque sípi –contestó la Princesa–, porque las Princesas del Japonpón debemos estar quietitas sin hacer nada. Si no, no seríamos Princesas. Seríamos mucamas, colegialas, bailarinas o dentistas, ¿entiendes?

–Entiendo –dijo la Mariposa–, pero escápese un ratito y juguemos. He venido volando de muy lejos nada más que para jugar con usted. En mi isla, todo el mundo me hablaba de su belleza.

A la Princesa le gustó la idea y decidió, por una vez, desobedecer a su papá.

Salió a correr y bailar por el jardín con la Mariposa.

En eso se asomó el Emperador al balcón y al no ver a su hija armó un escándalo de mil demonios.

–¡Dónde está la Princesa! –chilló.

Y llegaron todos sus sirvientes, sus soldados, sus vigilantes, sus cocineros, sus lustrabotas y sus tías para ver qué le pasaba.

–¡Vayan todos a buscar a la Princesa! –rugió el Emperador con voz de trueno y ojos de relámpago.

Y allá salieron todos corriendo y el Emperador se quedó solo en el salón.

–¡Dónde estará la Princesa! –repitió.

Y oyó una voz que respondía a sus espaldas:

–La Princesa está de jarana donde se le da la gana.

El Emperador se dio vuelta furioso y no vio a nadie. Miró un poquito mejor, y no vio a nadie. Se puso tres pares de anteojos y, entonces sí, vio a alguien. Vio a una mariposota sentada en su propio trono.

–¿Quién eres? –rugió el Emperador con voz de trueno y ojos de relámpago.

Y agarró un matamoscas, dispuesto a aplastar a la insolente Mariposa.

Pero no pudo.

¿Por qué?

Porque la Mariposa tuvo la ocurrencia de transformarse inmediatamente en un Príncipe. Un Príncipe buen mozo, simpático, inteligente, gordito, estudioso, valiente y con bigotito.

El Emperador casi se desmaya de rabia y de susto.

–¿Qué quieres? –le preguntó al Príncipe con voz de trueno y ojos de relámpago.

–Casarme con la Princesa –dijo el Príncipe valientemente.
–¿Pero de dónde diablos has salido con esas pretensiones?
–Me metí en tu jardín en forma de mariposa –dijo el Príncipe– y la Princesa jugó y bailó conmigo. Fue feliz por primera vez en su vida y ahora nos queremos casar.
–¡No lo permitiré! –rugió el Emperador con voz de trueno y ojos de relámpago.
–Si no lo permites, te declaro la guerra –dijo el Príncipe sacando la espada.
–¡Servidores, vigilantes, tías! –llamó el Emperador.
Y todos entraron corriendo, pero al ver al Príncipe empuñando la espada se pegaron un susto terrible.
A todo esto, la Princesa Sukimuki espiaba por la ventana.
–¡Echen a este Príncipe insolente de mi palacio! –ordenó el Emperador con voz de trueno y ojos de relámpago.
Pero el Príncipe no se iba a dejar echar así nomás.
Peleó valientemente contra todos. Y los vigilantes se escaparon por una ventana. Y las tías se escondieron aterradas debajo de la alfombra. Y los cocineros se treparon a la lámpara. Cuando el Príncipe los hubo vencido a todos, preguntó al Emperador:
–¿Me deja casar con su hija, sí o no?
–Está bien –dijo el Emperador con voz de laucha y ojos de lauchita–. Cásate, siempre que la Princesa no se oponga.
El Príncipe fue hasta la ventana y le preguntó a la Princesa:
–¿Quieres casarte conmigo, Princesa Sukimuki?
–Sípi –contestó la Princesa entusiasmada.
Y así fue como la Princesa dejó de estar quietita y se casó con el Príncipe Kinoto Fukasuka. Los dos llegaron al templo en monopatín y luego dieron una fiesta en el jardín. Una fiesta que duró diez días y un enorme chupetín.

Así acaba, como ves,
este cuento japonés.

Escúcheme, señor Gutman

David Wapner

Buen día, señor Gutman. Yo sé que su apellido significa "buen hombre" en idioma alemán, o incluso en idioma idish.

Por eso estoy convencido de que usted sabrá comprender que lo que hice no fue un acto de maldad, sino que fue una reacción intespensiva de mi parte debido a que su hija me rechazó. Yo le dije: "Florencia, te amo", y ella me contestó: "ándate zozzo". Y se fue, y yo me quedé parado, sin poder reaccionar. Entonces tomé una moneda que tenía en el bolsillo y rayé con ella el techo de un coche rojo que estaba estacionado justo al lado de donde yo estaba parado.

No puedo mentirle, yo sabía que ése era su coche, señor Gutman pero, qué quiere que le haga, me dejé llevar por el impulso. Ocurre que su hija posee los ojos negros más bellos que se hayan visto jamás por estos barrios y yo, señor Gutman, quedé hipnotizado.

Haría cualquier cosa por su hija, pero mi amor no es correspondido. Es por eso que, hace una semana, telefoneé a Florencia para invitarla a mirar la luna desde el balcón de mi casa, y ella, despectivamente, respondió: "qué me venís con la luna, anticuado, yo a la noche miro la tele", entonces, ya sin control de mis actos, me dirigí hasta su casa y arrojé esa piedra que rompió la ventana de su living.

Yo, señor Gutman, soy el culpable, pero quiero que entienda que no soy una persona violenta. Pero su hija tiene el aroma de las exóticas flores de Kampuchea (país del lejano Oriente que antes se llamaba Camboya), flores que jamás olí, pero igual imagino su aroma incomparable. Incomparable como su hija, señor Gutman. Incomparable como la adoración que siento por ella. Por eso, ¿cómo no salirme de mis casillas cuando la vi el otro martes en la heladería "Giuseppe" tomando un helado con Alfredo Rebolini, mirándose a los ojos, embobados? Entonces, no es extraño que yo haya corrido hasta su domicilio y le haya puesto plastilina en la cerradura de la puerta de calle.

Yo sé que mi proceder es incorrecto. Lo sé, no tiene que recordármelo, soy totalmente conciente de mis actos. Sé que voy contra las normas establecidas y las buenas costumbres. También sé que de esa forma no me voy a hacer merecedor del amor de Florencia. Pero Florencia tiene una voz que me recuerda el canto del canario filipino. ¿Usted conoce el canto del canario filipino? ¿Conoce las Filipinas? Fíjese en un mapa. Pero en el

mapa no sabrán informarle sobre el canto del canario filipino, aunque puedo asegurarle que la voz de su hija es más dulce que el canto de ese singular pajarito.

Entonces, cómo explicar lo que sentí cuando ambos nos encontramos en la verdulería haciendo compras y volví a confesarle mi amor, y ella, con esa voz con la que sueño noche a noche, dijo, "saldría con vos, pero si tuvieses la cara de Alfredo Rebolini". Me sentí tan ofendido, tan humillado, tan celoso, que agarré un tomate maduro y se lo arrojé a la primera persona que pasaba por la calle. Y esa persona era justamente usted, señor Gutman. Y nuevamente me disculpo, me doy cuenta de que mi actitud es equivocada, que a nada me conduce. Pero créame, no soy malo, no. Siempre fui el mejor de la clase, un ejemplo de conducta.

Pero ahora no sé qué me sucede, es como si no fuese yo mismo.

Yo sé que ya se me va a pasar, pero ¿cómo?, ¿cuándo? Usted ya debe de tener mucha experiencia en esto, seguramente estuvo muchas veces enamorado. Pero, dígame, ¿era tan loquito como yo?

Porque eso es lo que a mí me pasa, estoy loquito de amor y su hija no se da por enterada. Usted habrá notado que un neumático de su coche está desinflado. Yo lo-hice, lo confieso, porque hoy Florencia me sacó la lengua.

No sé cómo disculparme, señor Gutman.

Pero todo lo que hice, lo hice por amor.

Señor Gutman, ¿por qué no me hace gancho con su hija, eh?

Piénselo. Hasta luego, señor Gutman.

David Wapner

EL AUTOMÓVIL

Este cuento relata la historia de un hombre que luego de veinte años de sacrificios se compró un automóvil modelo 1947. Al cabo de 15 años de denodados esfuerzos aprendió a manejarlo y le tomó cinco años más tomar el coraje y la decisión de salir a conducir a la calle. Cuando iba a abrir la puerta para subir al automóvil, notó que en su llavero faltaba la llave de la cerradura. Contrariado, volvió a su casa y se puso a buscarla. Revolvió cajones, cajas cofres, heladera, cocina. Nada quedó sin hurgar. Después de cinco meses de infructuosa búsqueda, se dio por vencido y decidió hacer una nueva llave. Recorrió una a una todas las cerrajerías del país pero ninguna parecía merecer su confianza hasta que, ya habiéndose cumplido el segundo aniversario del extravío de la llave, dio con un cerrajero, quien le garantizó que a la vuelta de su viaje alrededor del mundo, que emprendería al día siguiente, le haría el trabajo con todo gusto. Efectivamente, tres años más tarde, el cumplidor cerrajero le entregó la llave pactada más dos de repuesto. Ya con la llave en sus manos, hubieron de pasar ocho meses hasta que este caballero se decidiera a entrar a su coche para emprender, de esta forma, su primera incursión por las calles de la ciudad. Una vez dentro de la cabina, caviló cuatro horas tratando de recordar cuál era la primera operación que debía efectuar. Entonces, giró la llave de contacto. El motor no arrancó. Repitió esta operación cinco veces a lo largo de la semana, fracasando en todas las oportunidades. Al fin, cayó en la cuenta de que el tanque de nafta estaba vacío. Había que llenarlo. ¿Pero cómo? ¿Debía ir él con un bidón hasta la estación de servicio más cercana? ¿O debía recurrir a un remolque de auxilio para que lleve el automóvil hasta el surtidor? Resolver este dilema le demandó lo que restaba del otoño y todo el invierno. En los primeros días de la primavera, este señor salió de su casa con un bidón, en búsqueda de combustible. Alguien, en el trayecto le dijo que la nafta en la ciudad de La Plata era más barata. Hacía allí, ora caminando, ora haciendo dedo, se dirigió. Cuando llegó a La Plata, era verano y faltaba un día para la Navidad. Era de noche cuando halló una estación de servicio. Llenó su bidón y cuando, horas más tarde, pagó, se dio cuenta de que la nafta valía el doble que cuando salió a buscarla. No obstante, pagó lo que correspondía y emprendió rápidamente el regreso, ya que nuevamente era otoño y el aire se estaba poniendo frío. A las ocho semanas, el tanque del coche estaba lleno. Nueve días después, nuestro hombre estaba de nuevo, frente al volante. Giró la llave de arranque. El coche no arrancó. El hombre no se

desesperó. A media cuadra había un taller mecánico. Llegó al día siguiente. El mecánico acudió a los dos días. El problema era que la batería estaba recargada. Entre los dos empujaron el auto hasta el taller. En el ínterin, almorzaron y cenaron. Ya con la batería cargada, trámite que demoró, tres jornadas completas, el motor arrancó. Tras tres horas de repaso de cómo deben hacerse los cambios, el automóvil se puso en movimiento. A las dos cuadras de haber partido, el hombre y su auto chocaron contra una columna, El hombre no se lastimó pero el coche quedó inservible. Nuestro héroe lloró durante largos años la pérdida de su querido auto. Y por fin, cuando decidió comprarse uno nuevo, ya tenía noventa y siete años, no quisieron renovar el registro.

David Wapner

23^oOct2012

Cuento: "Donde los derechos del niño Pirulo chocan con los de la rana Aurelia", de Ema Wolf



A Pirulo le gusta ir a la casa de su abuela porque en el jardín hay un estanque y el estanque está lleno de ranas.

Además le gusta ir por otras razones. Porque su abuela nunca le pone pasas de uva a la comida.

Y para él, que lo obliguen a comer pasas de uva es una violación al artículo 37 de los Derechos del Niño que prohíbe los tratos inhumanos.

Porque su abuela no le impide juntarse con los chicos de la ferretería para reventar petardos, de modo que goza de libertad para celebrar reuniones pacíficas, como estipula el artículo 15.

Porque su abuela no le hace cortar el pasto del jardín, lo que sería una forma de explotación, prohibida por el artículo 32.

Porque su abuela jamás lo lleva de visita a la casa de su prima. Según Pirulo, que lo lleven de prepo a la casa de su prima viola el artículo 11, que prohíbe la retención ilícita de un niño fuera de su domicilio.

Porque su abuela nunca limpia la pieza donde él duerme, así que no invade ilegalmente su vida privada. Artículo 16.

Porque su abuela jamás atenta contra su libertad de expresión oral o escrita –artículo 13–, de manera que puede decir todo lo que piensa sobre su maestra Silvina sin que su abuela se enoje.

Para hacerla corta: en casa de su abuela él es una persona respetada.

Pero lo que más le gusta es el estanque de ranas del jardín.

Ahora mismo, amparado por el artículo 31, se dispone a gozar de una actividad recreativa apropiada para su edad: va a cazar ranas.

Prepara la carnada de salchicha, agarra la linterna y la bolsa de arpillera. Es de noche. En verano las ranas se cazan de noche. Su abuela duerme.

Con mucha mala suerte, la primera rana que saca del estanque es Aurelia.

–¡Un momento! –le dice Aurelia– ¿Qué estás haciendo?

–Cazo ranas.

–Lo siento, pero los animales tenemos derecho a la existencia.

–¿Eso quién lo dice?

–El artículo 1 de la Declaración Universal de Derechos del Animal proclamada en París en 1978.

–¿Eso vale en la Argentina?

–Sí, vale.

–Pero yo tengo derecho a las actividades recreativas apropiadas para mi edad y en este instante mi actividad recreativa consiste en cazar ranas.

Aurelia se impacienta.

–Y yo te recuerdo que tenés que respetar nuestra longevidad natural. Así que te vas a quedar sin comer ranas.

Pirulo levanta la voz.

–¡Yo no las como! ¡No me gustan! ¡Se las va a comer mi abuela!

–¡Entonces peor! ¡Vos las cazás sólo para divertirte! ¿Con qué derecho? ¿Te gustaría que te cazaran por diversión?

–¡No es lo mismo! ¡Yo soy una persona!

–¡Vos sos un animal de otra especie, y punto!

En el estanque se armó una batahola. Todas las ranas croaban y saltaban. Pirulo reculó un poco, pero su indignación era grande.

–¡No me voy de acá sin ranas!

–¡Antes pasarás sobre mi cadáver!

En ese momento se abrió la ventana del dormitorio de la abuela. Era ella, asomada, con los pelos parados y una batería de chancletas en la mano.

–¿SE VAN A DEJAR DE ROMPER DE UNA BUENA VEZ? ¿SABEN QUÉ HORA ES? ¿CONOCEN EL ARTÍCULO 11 DE LOS PRINCIPIOS A FAVOR DE LAS PERSONAS DE EDAD? ¿SABEN QUE TENGO DERECHO AL BIENESTAR FÍSICO, MENTAL Y EMOCIONAL? ¿Y QUE PARA ESO NECESITO DORMIR? ¿LES ENTRA EN LA CABEZA? ¡DORMIIIIIIIR! ¡DORMIIIIIIIR!

Con la primera chancleta no acertó. Con las otras sí.

Pirulo estaba muy confundido. Aurelia también. Se miraron.

–Eso fue una agresión por parte de la abuela.

–Injusta me parece a mí.

—Pará, ¿dónde podemos aclarar todo esto?

—En las Naciones Unidas.

—Vamos.

Emma Wolf nació en Carapachay, provincia de Buenos Aires, en el año 1948. Se graduó como Licenciada en Lengua y literaturas modernas en la Universidad de Buenos Aires, y desde 1982 se introduce en el campo de la literatura para chicos. Su escritura se caracteriza por las historias absurdas, el humor y sus innumerables personajes increíbles.

El rey que no quería bañarse

Cuento de **Emma Wolf**

Las esponjas suelen contar historias interesantes. El único problema es que las cuentan en voz muy baja. De modo que para oír las hay que lavarse bien las orejas. Una esponja me contó una vez lo siguiente:

En una época lejana las guerras duraban mucho.

Un rey se iba a la guerra y volvía treinta años después, cansado y sudado de tanto cabalgar, con la espada tinta en chinchulín enemigo.

Algo así le sucedió al rey Vigildo. Se fue de guerra una mañana y volvió veinte años más tarde, protestando porque le dolía todo el cuerpo.

Naturalmente lo primero que hizo su esposa, la reina Inés, fue prepararle una bañera con agua caliente. Pero cuando llegó el momento de sumergirse en la bañera, el rey se negó.

—No me baño —dijo—. ¡No me baño no me baño y no me baño!

La reina, los príncipes. La parentela real y la corte entera quedaron estupefactos.

—¿Qué pasa, majestad? —preguntó el viejo chambelán—. ¿Acaso el agua está demasiado caliente? ¿El jabón demasiado frío? ¿La bañera es muy profunda?

—No, no y no —contestó el rey—. Pero yo no me baño nada.

Por muchos esfuerzos que hicieron para convencerlo, no hubo caso.

Con todo respeto trataron de meterlo en la bañera entre cuatro, pero tanto gritó y tanto escándalo hizo para zafar que al final lo soltaron.

La reina Inés consiguió que se cambiara las medias —¡las medias que habían batallado con él veinte años!—, pero nada más.

Su hermana, la duquesa Flora, le decía:

—¿Qué te pasa, Vigildo? ¿Temes oxidarte o despintarte o encogerte o arrugarte...?

Así pasaron días interminables. Hasta que el rey se atrevió a confesar:

—¡Extraño las armas, los soldados, las fortalezas, las batallas! Después de tantos años de guerra, ¿qué voy a hacer yo sumergido como un besugo en una bañera de agua tibia? Además de aburrirme, me sentiría ridículo.

Y terminó diciendo en tono dramático:

—¿Qué soy yo, acaso? ¿Un rey guerrero o un poroto en remojo?

Pensándolo bien, Vigildo tenía razón. ¿Pero cómo solucionarlo?

Razonaron bastante, hasta que al viejo chambelán se le ocurrió una idea.

Mandó hacer un ejército de soldados del tamaño de un dedo pulgar, cada uno con su escudo, su lanza, su caballo, y pintaron los uniformes del mismo color que el de los soldados del rey.

También construyeron una pequeña fortaleza con puente levadizo y cocodrilos del tamaño de un carretel, para poner en el foso del castillo.

Fabricaron tambores y clarines en miniatura. Y barcos de guerra que navegaban empujados a mano o a soplidos.

Todo esto lo metieron en la bañera del rey, junto con algunos dragones de jabón.

Vigildo quedó fascinado ¡Era justo lo que necesitaba!

Ligero como una foca, se zambulló en el agua. Alineó a sus soldados y ahí nomás inició un zafarrancho de salpicaduras y combate.

Según su costumbre, daba órdenes y contraórdenes. Hacía sonar la corneta y gritaba:

—¡Avanzad, mis valientes! Glub, glub. ¡No reculéis, cobardes! ¡Por el flanco izquierdo! ¡Por la popa...!

Y cosas así.

La esponja me contó que después no había forma de sacarlo del agua.

También que esa costumbre quedó para siempre.

Es por eso que todavía hoy, cuando los chicos se van a bañar, llevan sus soldados, sus perros, sus osos, sus tambores, sus cascos, sus armas, sus caballos, sus patos y sus patas de rana.
Y si no hacen eso, cuéntenme lo aburrido que es bañarse.

Ema Wolf

FLORI, ATAÚLFO Y EL DRAGÓN

NO TODAS LAS PRINCESAS SON LINDAS, COMO ALGUNOS PIENSAN. NO, SEÑOR.

LA PRINCESA FLORIPÉNDULA, SIN IR MÁS LEJOS, TENÍA UNOS OJITOS, Y UNAS OREJAS, Y UNA BOCUCHA... ¡QUE BUENO, BUENO...! TODOS LOS DÍAS FLORIPÉNDULA LE PREGUNTABA A SU ESPEJO MÁGICO:

-¿HAY ALGUNA DAMA EN EL REINO MÁS BELLA QUE YO?

Y EL ESPEJO LE CONTESTABA:

-SÍ. DOS MILLONES TRESCIENTAS MIL.

O BIEN:

-ESPEJITO, ESPEJITO... ¿CUÁL ES LA DAMA MÁS LINDA DE ESTE REINO?

EL ESPEJO RESPONDÍA:

-MI TÍA ROMUALDA.

TANTO POR DECIR ALGO...

CUANDO FLORIPÉNDULA LLEGÓ A LA EDAD DE TENER NOVIO, SU PADRE, EL REY TADEO, EMPEZÓ A PREOCUPARSE. Y LE DECÍA ESTAS COSAS A SU ESPOSA, LA REINA INÉS:

-ME PREGUNTO QUIÉN VA A QUERER CASARSE CON NUESTRA AMADA HIJA. NO ES LO QUE SE DICE UNA BELLEZA.

LA REINA INÉS NO ATINABA A DAR UNA RESPUESTA. FLORIPÉNDULA ERA UNA BUENÍSIMA PRINCESA, PERO EL TIEMPO PASABA Y NADIE SE APURABA A PEDIR SU MANO.

EL REY TADEO CONSULTÓ ENTONCES AL ASTRÓLOGO DE LA CORTE, COMO SE ACOSTUMBRA EN ESTOS CASOS.

EL ASTRÓLOGO SE TOMÓ UN TIEMPO PARA MEDITAR LA CUESTIÓN. NO TODOS LOS DÍAS SE LE PRESENTABAN PROBLEMAS ASÍ.

FINALMENTE DIO SU OPINIÓN:

-SI QUIEREN QUE FLORI SE CASE -DIJO EL ASTRÓLOGO-, VAN A TENER QUE RECURRIR AL VIEJO TRUCO DEL DRAGÓN.

Y EL REY TADEO Y LA REINA INÉS ESCUCHARON LO QUE SIGUE:

-HAY QUE CONSEGUIR UN DRAGÓN QUE COMETA BASTANTES ESTROPICIOS EN LA COMARCA. DESPUÉS, CONVOCAR A LOS MÁS NOBLES CABALLEROS DE ESTE REINO Y OTROS REINOS PARA QUE LUCHEN CONTRA EL DRAGÓN. EL VALIENTE QUE LO DEJE FUERA DE COMBATE OBTENDRÁ COMO PREMIO LA MANO DE LA PRINCESA. ¿QUÉ TAL?

EL REY TADEO RECONOCIÓ QUE EL ASTRÓLOGO HABÍA DADO CON UNA SOLUCIÓN. SEGURAMENTE ASÍ, FLORI CONOCERÍA MUCHACHOS INTERESANTES.

SIN PERDER UN MINUTO, EL REY LLAMÓ A SUS AYUDANTES Y ORDENÓ:

-MANDEN A MIS SEIS MEJORES CABALLEROS PARA QUE CONSIGAN UN DRAGÓN ADULTO. NO IMPORTA ADÓNDE TENGAN QUE IR A BUSCARLO NI A QUÉ PRECIO.

LOS SEIS HOMBRES MÁS VALEROSOS DEL REINO PARTIERON AL DÍA SIGUIENTE PARA CUMPLIR LA MISIÓN.

DURANTE VARIAS SEMANAS NO DIERON SEÑALES DE VIDA. LOS DRAGONES NO ABUNDABAN POR AQUELLAS ZONAS Y HABÍAN TENIDO QUE VIAJAR LEJOS.

CON EL CORRER DE LOS DÍAS, CINCO CABALLEROS REGRESARON DERROTADOS Y SIN DRAGÓN. QUE NO CONSEGUÍAN, QUE ERAN MUY PICHONES, O MUY CAROS, O DE SEGUNDA

MANO... EXCUSAS, ¡BAH!

POR FIN, EL SEXTO CABALLERO, EL JOVEN ATAÚLFO DE AQUITANIA, APARECIÓ CON UN ESPLÉNDIDO DRAGÓN ATADO DE UNA SOGA. LO HABÍA CAPTURADO EN PELEA DE BUENA LEY Y NO ALQUILADO, COMO DECÍAN LOS CHISMOSOS.

-¿DÓNDE LO SUELTO? -PREGUNTÓ.

-POR AHÍ, EN LOS ALREDEDORES DE LA COMARCA -DIJO EL REY.

Y ASÍ LO HIZO.

CUANDO LA GENTE DEL PUEBLO VIO APARECER AL DRAGÓN SE GUARDÓ MUY BIEN EN SUS CASAS TRAS PUERTAS CON CUATRO VUELTAS DE LLAVE Y SE DEDICÓ A ESPIARLO POR LAS VENTANAS.

LA TEMIBLE BESTIA SÓLO PUDO ALIMENTARSE DE MAÍZ, ESPINACAS, Y ALGUNA GALLINA DESPREVENIDA QUE SE AVENTURABA FUERA DEL CORRAL.

AL DÍA SIGUIENTE APARECIÓ EN LA PLAZA DE LA ALDEA UN BANDO REAL. EL ANUNCIO PROMETÍA LA MANO DE LA PRINCESA FLORIPÉNDULA AL CABALLERO QUE LIBERARA A LA COMARCA DEL ESPANTOSO DRAGÓN.

CUANDO LA NOTICIA LLEGÓ A OÍDOS DE TODOS LOS SOLTEROS DEL REINO, LA RESPUESTA NO SE HIZO ESPERAR.

UNOS SE EXCUSABAN DICIENDO QUE CASARSE CON UNA PRINCESA ERA UN HONOR DEMASIADO ALTO PARA ELLOS Y QUE GRACIAS DE TODOS MODOS.

OTROS SE OFRECÍAN A DESALOJAR AL DRAGÓN PERO SIN CASARSE CON LA PRINCESA.

OTROS ESTABAN DISPUESTOS A VENCER A CIEN DRAGONES ANTES QUE CASARSE CON LA PRINCESA.

UNO DIJO QUE PREFERÍA CASARSE CON EL DRAGÓN.

EL CABALLERO ATAÚLFO DE AQUITANIA SE RASCABA LA CABEZA MIRANDO EL BANDO REAL.

-¿PERO NO ES ÉSTE EL DRAGÓN QUE ME HICIERON TRAER LA SEMANA PASADA? -DECÍA.

AUNQUE A ATAÚLFO NADA DE ESO LE IMPORTABA, PORQUE -¡SÉPANLO TODOS DE UNA VEZ!-ESTABA ENAMORADO HASTA EL CARACÚ DE LA PRINCESA FLORIPÉNDULA.

SIEMPRE LE HABÍA PARECIDO LA MÁS HERMOSA DE TODAS LAS PRINCESAS DE LA TIERRA. Y LA VEÍA ASÍ PORQUE LA AMABA. LA AMABA DE VERDAD.

HASTA ENTONCES ATAÚLFO NO HABÍA HECHO MÁS QUE SUSPIRAR POR ELLA COMO UN VENTILADOR. AHORA TENÍA LA OPORTUNIDAD DE CONVERTIRLA EN SU ESPOSA.

PERO LO MEJOR DE TODO ES QUE FLORI ¡TAMBIÉN AMABA A ATAÚLFO! Y SI NO, ¿POR QUÉ DEJABA CAER PAÑUELOS DESDE SU BALCÓN CADA VEZ QUE ÉL PASABA POR ABAJO?

TEMERARIO COMO ERA, ATAÚLFO DE AQUITANIA MARCHÓ CONTRA EL DRAGÓN. ERA LA SEGUNDA VEZ QUE SE ENFRENTABAN. EL DRAGÓN LE TENÍA UN FASTIDIO ATROZ.

-¡ACÁ ESTOY, LAGARTIJA AGRANDADA! -LE GRITÓ ATAÚLFO. Y LE TIRÓ TRES O CUATRO ESPADAZOS CON BUENA SUERTE.

EL DRAGÓN LE CONTESTÓ CON UNA BOCANADA DE FUEGO QUE CHAMUSCÓ LAS PESTAÑAS DEL VALIENTE.

SE ENTABLÓ ENTRE LOS DOS UN COMBATE DURÍSIMO. HORAS Y HORAS DURÓ LA PELEA.

LA ESPADA DE ATAÚLFO YA ESTABA CASI DERRETIDA CUANDO LE ASESTÓ UN ÚLTIMO GOLPE FORMIDABLE AL DRAGÓN. LA BESTIA HUYÓ CON LA COLA ENTRE LAS PATAS Y EL ÁNIMO POR EL SUELO.

SE PERDIÓ EN UN BOSQUECITO Y NUNCA MÁS LO VOLVIERON A VER.

SÍ. LA BESTIA HORRIBLE HABÍA HUIDO PARA SIEMPRE. Y EL GRAN ATAÚLFO DE AQUITANIA MARCHÓ TRIUNFANTE HACIA EL PALACIO CON UN PUÑADO DE ESCAMAS DE DRAGÓN EN LA MANO.

EL REY LO RECIBIÓ EN LA ESCALINATA CON TODA SU CORTE.

LAS TROMPETAS SONARON.

LA PRINCESA FLORIPÉNDULA OFRECIÓ SU TÍMIDA MANO AL CABALLERO. Y ATAÚLFO SE LA BESÓ TIERNAMENTE COMO HACEN LOS HÉROES ENAMORADOS.

UNA SEMANA MÁS TARDE, FLORIPÉNDULA Y ATAÚLFO SE CASARON. TUVIERON SIETE HIJOS. ¡SIETE PRINCIPITOS! ERAN TODOS IGUALES. IGUALES A SU PADRE Y A SU MADRE, QUE -AQUÍ ENTRE NOSOTROS- SE PARECÍAN BASTANTE. TODOS TENÍAN LOS MISMOS OJITOS, LAS MISMAS OREJAS, LA MISMA BOCUCHA... FUERON MUY FELICES, CRÉANME.

EMA WOLF